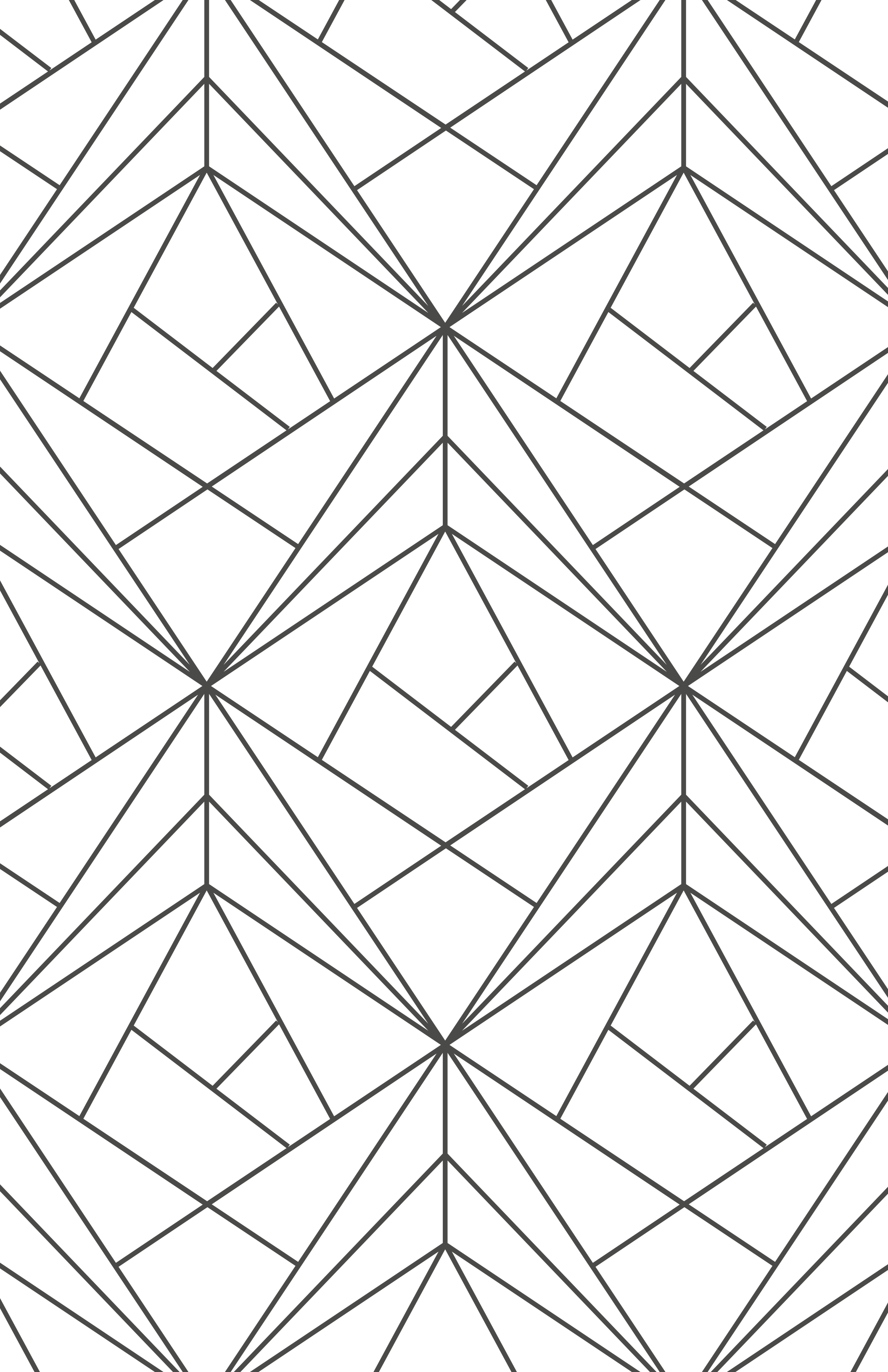
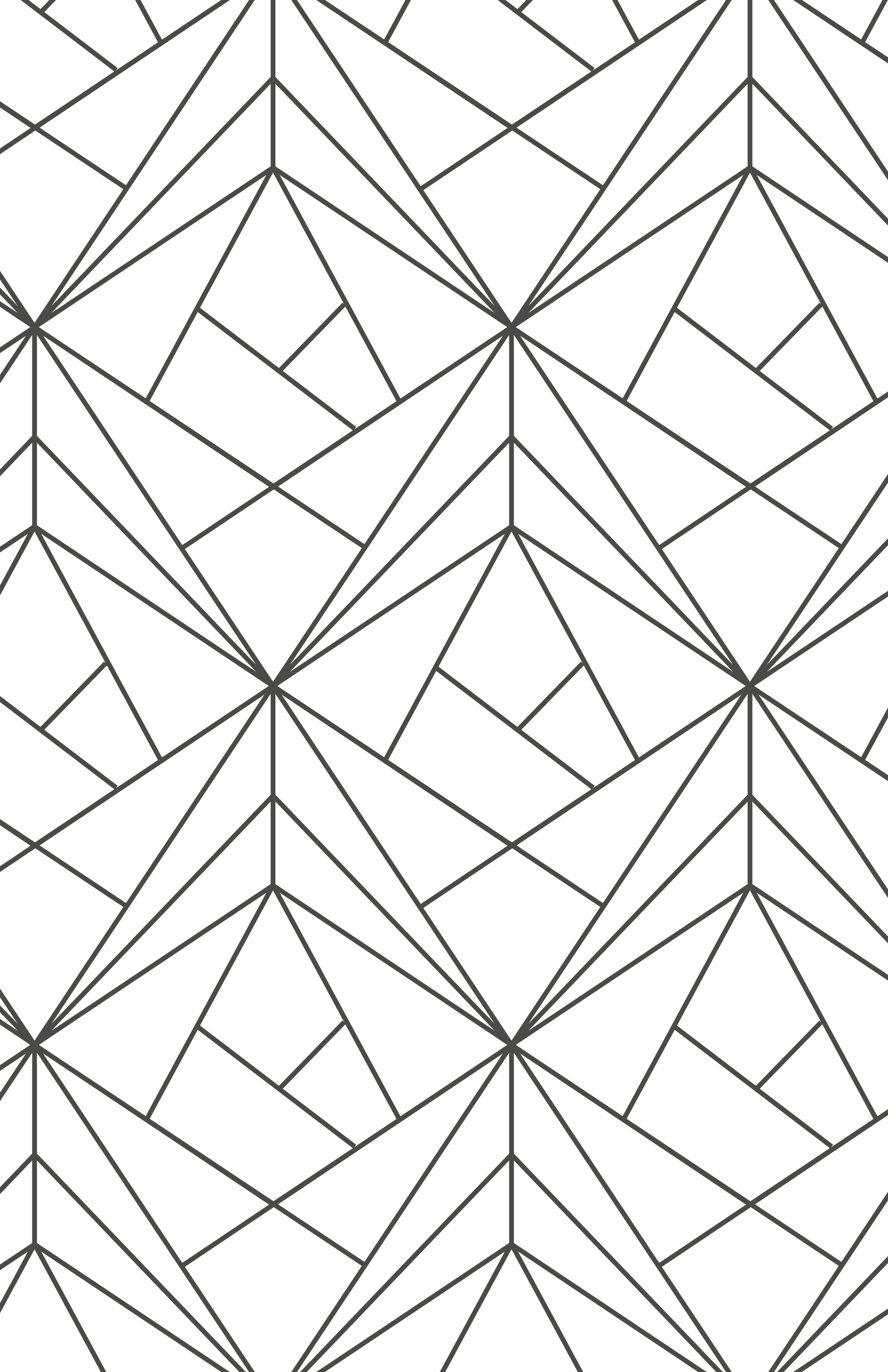

UNIVERSIDAD MILITAR BOLIVARIANA DE VENEZUELA
Serie Clásicos de la Guerra
Nicolás Maquiavelo
El Príncipe
PONT·M







Universidad Militar Bolivariana de Venezuela
Fondo Editorial Hormiguero
Un Sueño, Una Estrategia, Un Libro

Créditos Editoriales

Autoridades de la UMBV:

G/B Félix Osorio Guzmán
Rector
G/B Ramón Guillermo Yépez Avendaño
Vicerrector

Fondo Editorial Hormiguero

Tcnel. Sara Otero Santiso
Coordinadora General del Fondo Editorial Hormiguero

Responsable de esta publicación
Jesús Ricardo Mieres Vitanza
Ana Julia Guardia

Diseño, diagramación y portada
Vanessa Blanco

Depósito legal: DC2017000455 **Fecha:** 2018
ISBN: 978-980-7535-41-0

Página web
hormiguero.com.ve
Twitter
@hormiguero_umbv
Blog
hormigueroumbv.wordpress.com/
Fanpage
facebook.com/hormigueroumbv

Nicolás Maquiavelo

El Príncipe

Serie Clásicos de la Guerra



Índice





Índice



Presentación



En esta nueva entrega de la Serie Clásicos de la Guerra, el Fondo Editorial Hormiguero ofrece una nueva edición de *El Príncipe* de Nicolás Maquiavelo, para la educación de los miembros de la Universidad Militar Bolivariana de Venezuela (UMBV), así como el enriquecimiento de la Patria como ente creador de conocimiento. Nuestros jóvenes Cadetes encontrarán aquí, en la Serie Clásicos de la Guerra, una manera de acercarse a los conocimientos del pasado, las guerras que marcaron la historia y, sin dudas, valorarán la importancia de la paz.

El libro contiene una introducción escrita por el propio Maquiavelo y veintiséis capítulos de contenido en distintas áreas del conocimiento de la guerra, el poder y la moral de los gobernantes.

El Príncipe es una de las primeras manifestaciones para la estructuración de la política como saber científico. Entre sus páginas, de la mano con la pluma realista de Nicolás Maquiavelo, se encuentran acercamientos a la moralidad y a la ética en el poder; la lealtad de los súbditos; la disciplina de los ciudadanos ante el peligro; la contraposición entre la fortuna y la virtud para el accionar del gobernante así como, en su capítulo final, un llamado desesperado para la liberación de Italia de las fuerzas extranjeras.

G/B Félix Ramón Osorio Guzmán
Rector





Bóveda de la Capilla Sixtina. Conjunto de pinturas al fresco de Miguel Ángel, (1508-1512). Ciudad del Vaticano.


EZECHIEL
ERITHRAEA
OZIAS
IOATHAM
ACHAZ
CVMAEA
ESAIAS
EZECHIAS
MANASSES
AMON

Los que desean congraciarse con un príncipe suelen presentársele con aquello que reputan por más precioso entre lo que poseen o con lo que, según su juicio, más ha de agradarle. De ahí que se vea que, muchas veces, le son regalados caballos, armas, telas de oro, piedras preciosas y parecidos adornos dignos de su grandeza.

Deseando, pues, presentarme ante Vuestra Magnificencia con algún testimonio de mi sometimiento, no he encontrado entre lo poco que poseo nada que me sea más caro o que tanto estime como el conocimiento de las acciones de los hombres, adquirido gracias a una larga experiencia de las cosas modernas y a un incesante estudio de las antiguas. Acciones que, luego de examinar y meditar durante mucho tiempo y con gran seriedad, he encerrado en el corto volumen que os dirijo.

Y aunque juzgo esta obra indigna de Vuestra Magnificencia, no por eso confío menos en que sabréis aceptarla, considerando que no puedo haceros mejor regalo que poneros en condición de poder entender, en brevísimo tiempo, todo cuanto he aprendido en muchos años y a costa de tantos sinsabores y peligros. No he adornado ni hinchado esta obra con cláusulas interminables, ni con palabras ampulosas y magníficas, ni con cualesquieres atractivos o adornos extrínsecos, cuales muchos suelen hacer con sus cosas. He querido que sólo la variedad de la materia y la gravedad del tema le honren o le sean gratas. No quiero que se mire como presunción el que un hombre de humilde cuna se atreva a examinar y a criticar el gobierno de los príncipes.

Porque, así como aquellos que dibujan un paisaje se colocan en el llano para apreciar mejor los moties y los lugares altos, y para apreciar mejor el llano escalan los montes; así, para

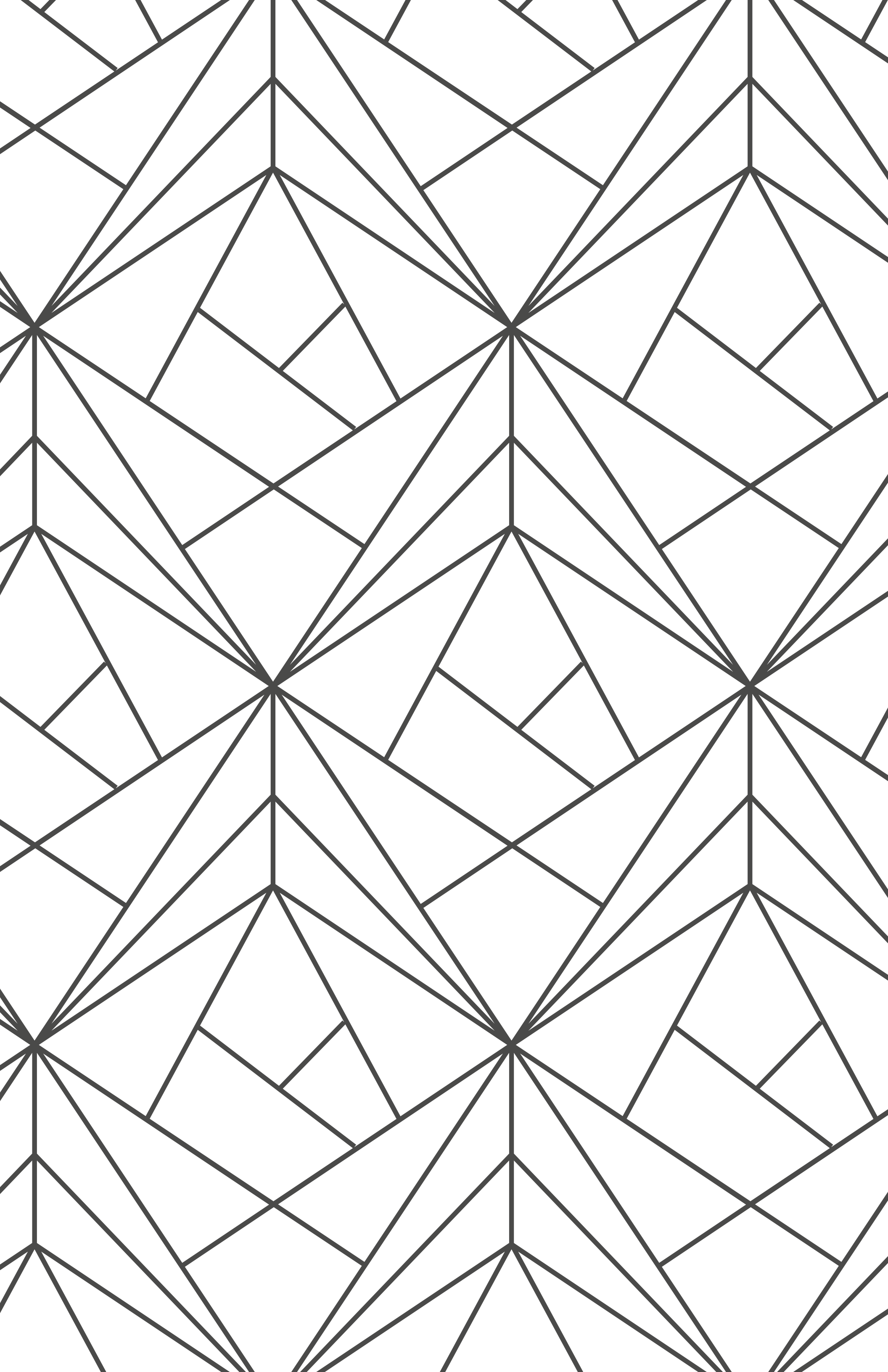
Nicolás Maquiavelo al Magnífico Lorenzo De Médecis

conocer bien la naturaleza de los pueblos, hay que ser príncipe y para conocer la de los príncipes, hay que pertenecer al pueblo.

Acoja, pues, Vuestra Magnificencia, este modesto obsequio con el mismo ánimo con que yo lo hago. Si lo lee y lo medita con atención, descubrirá en él un vivísimo deseo mío: el de que Vuestra Magnificencia llegue a la grandeza que el destino y sus virtudes le auguran. Y si Vuestra Magnificencia, desde la cúspide de su altura, vuelve alguna vez la vista hacia este llano, comprenderá cuán inmerecidamente soporto una gran y constante malignidad de la suerte.



Madonna y niño (1446-1447) de Filippo Lippi. Florencia, Italia.



Capítulo I

De las distintas clases de principados y de la forma en que se adquieren

Todos los Estados, todas las dominaciones que han ejercido y ejercen soberanía sobre los hombres, han sido y son repúblicas o principados. Los principados son: hereditarios, cuando una misma familia ha reinado en ellos largo tiempo o nuevos. Los nuevos lo son del todo, como lo fue Milán bajo Francisco Sforza, o son como miembros agregados al Estado hereditario del príncipe que los adquiere, como es el reino de Nápoles para el Rey de España.

Los dominios así adquiridos están acostumbrados a vivir bajo un príncipe o a ser libres; se adquieren por las armas propias o por las ajenas; por la suerte o por la virtud.





Madonna y niño (1446-1447) de Filippo Lippi. Florencia, Italia.

Capítulo II

De los principados hereditarios

Dejaré a un lado el discutir sobre las repúblicas porque ya en otra ocasión lo he hecho extensamente. Me dedicaré sólo a los principados para ir tejiendo la urdimbre de mis opiniones, para así establecer cómo pueden gobernar y conservarse tales principados.

En primer lugar, me parece que es más fácil conservar un Estado hereditario, acostumbrado a una dinastía, que mantener un Estado nuevo. Basta no alterar el orden establecido por los príncipes anteriores y contemporizar después con los cambios que puedan producirse. De tal modo que, si el príncipe es de mediana inteligencia, se mantendrá siempre en su Estado, a menos que una fuerza arrolladora lo arroje de él y, aunque así sucediese, sólo tendría que esperar a que el usurpador sufra el primer tropiezo para reconquistarlo.

Tenemos en Italia, por ejemplo, al duque de Ferrara que no resistió los asaltos de los venecianos en 1484 ni los del papa Julio II en 1510, por motivos ajenos a la antigüedad de su soberanía en el dominio. Porque el príncipe natural tiene menos razones y menor necesidad de ofender. De donde es, lógico que sea más amado y, a menos que vicios excesivos le atraigan el odio, es razonable que le quieran con naturalidad los suyos. En la antigüedad y continuidad de la dinastía se borran los recuerdos, los motivos que la trajeron, pues un cambio deja siempre la piedra angular para la edificación de otro.





Descendimiento de la Cruz, 1521,
Rosso Fiorentino (Volterra, Museo Cívico)

Capítulo III

De los principados mixtos

Pero las dificultades existen en los principados nuevos. Y si no es nuevo del todo, sino como miembro agregado a un conjunto anterior, que puede llamarse así mixto, sus incertidumbres nacen en primer lugar de una natural dificultad que se encuentra en todos los principados nuevos.

Dificultad que estriba en que los hombres cambian con gusto de Señor, creyendo mejorar. Esta creencia los impulsa a tornar las armas contra él, engañándose, pues luego la experiencia les enseña que han empeorado.

Esto resulta de otra necesidad natural y común que obliga al príncipe a ofender a sus nuevos súbditos, con tropas o con mil vejaciones que el acto de la conquista lleva consigo. De modo que, tienes por enemigos a todos los que has ofendido al ocupar el principado y no puedes conservar como amigos a los que te han ayudado a conquistarlo; porque no puedes satisfacerlos como ellos esperaban y, puesto que les estás obligado, tampoco puedes emplear medidas fuertes contra ellos; porque siempre, aunque se descanse en ejércitos poderosísimos, se tiene necesidad de la colaboración de los lugareños para entrar en una provincia.

Por estas razones, Luis XII, rey de Francia, ocupó a Milán y rápidamente la perdió. Bastó la primera vez para arrebatárselo las mismas fuerzas de Ludovico Sforza; porque los pueblos que le habían abierto las puertas, al verse defraudados en las esperanzas que sobre el buen futuro habían abrigado, no podían soportar con resignación las imposiciones del nuevo príncipe.

Bien es cierto que los territorios rebelados se pierden con más dificultad cuando se conquistan por segunda vez. El señor, aprovechándose de la rebelión, vacila menos en asegurar su



poder castigando a los delincuentes, vigilando a los sospechosos y reforzando las partes más débiles. De modo que, si para hacer perder Milán a Francia la primera vez bastó un duque Ludovico que hiciese un poco de ruido en las fronteras, para hacérselo perder la segunda se necesitó que todo el mundo se concertase en su contra, y que sus ejércitos fuesen aniquilados y arrojados de Italia, lo cual se explica por las razones antedichas.

Desde luego, Francia perdió a Milán tanto la primera como la segunda vez. Las razones generales de la primera ya han sido discurridas; quedan ahora las de la segunda. Queda ver los medios de lo cuáles disponía o, en todo caso, de qué hubiese podido disponer alguien en el lugar de Luis XII para conservar la conquista mejor que él.

Estos Estados que al adquirirse se agregan a uno más antiguo, o son de la misma provincia y de la misma lengua o no lo son. Cuando lo son, es muy fácil conservarlos, sobre todo cuando no están acostumbrados a vivir libres y, para afianzarse en el poder, basta con haber borrado la línea del príncipe que los gobernaba. Por lo demás, siempre que se respeten sus costumbres y las ventajas de las que gozaban, los hombres permanecen sosegados.

En el caso de Borgoña, Bretaña, Gascuña y Normandía, se ha visto que están sujetas a Francia desde hace tanto tiempo. Aun cuando hay alguna diferencia de idioma, sus costumbres son parecidas y pueden convivir en armonía.

En un futuro quien los adquiera, si desea conservarlos, debe tener dos cuidados: primero, que la descendencia del anterior príncipe desaparezca; segundo, que ni sus leyes ni sus tributos sean alterados. Y se verá que, en brevísimo tiempo, el principal adquirido pasa a constituir un solo y mismo cuerpo con el principado conquistador. Caso contrario es cuando se adquieren Estados en una provincia con idioma, costumbres y organización diferentes, surgen entonces las dificultades. Hace falta mucha suerte y mucha habilidad para conservarlos. Uno de los grandes y más eficaces remedios sería que la persona que los



adquiera fuese a vivir en ellos.

Esto haría más segura y más duradera la posesión. Como ha hecho el Turco[1] con Grecia; ya que, a despecho de todas las disposiciones tomadas para conservar aquel Estado, no habría conseguido retenerlo si no hubiese ido a establecerse allí. Porque, de esta manera, se ven nacer los desórdenes y se los puede reprimir con prontitud. Al residir en otra parte, se entera uno cuando ya son grandes y no tienen remedio.

Además, los representantes del príncipe no pueden saquear la provincia. Los súbditos están más satisfechos porque pueden recurrir a él fácilmente. Si quieren ser buenos, tienen más oportunidades para amarlo y, si quieren proceder de otra manera, para temerlo.

Los extranjeros que desearan apoderarse del Estado tendrían mis respetos; ya que, habitando en él, con muchísima dificultad podrá perderlo el príncipe.

Otro buen remedio es mandar colonias a uno o dos lugares que sean sitios claves de aquel Estado, a falta de poder mantener numerosas tropas en el control del sitio. En las colonias no se gasta mucho. Con esos pocos gastos se las gobierna y se las conserva, y sólo se perjudica a aquellos a quienes se arrebatan los campos y las casas para darlas a los nuevos habitantes, que forman una mínima parte de aquel Estado. Ya que los damnificados son pobres y andan dispersos, jamás pueden significar peligro.

En cuanto a los demás, se quedan tranquilos. Por una parte, no tienen motivos para considerarse perjudicados y, por la otra, temen incurrir en falta y exponerse al destino de los despojados. Concluyo que las colonias no cuestan, que son muy fieles y entrañan menos peligro; debido a que los damnificados no pueden causar molestias, porque son pobres y están aislados, como ya he dicho.

Ha de notarse que a los hombres hay que conquistarlos o eliminarlos, porque si se vengan de las ofensas leves, de las



1. El Imperio Turco.



graves no se atreven. Por lo tanto, la ofensa hecha al hombre ha de ser tan grave que le resulte imposible vengarse.

Si en vez de las colonias se emplea la ocupación militar, el gasto es mucho mayor porque el mantenimiento de la guardia absorbe las rentas del Estado y la adquisición se convierte en pérdida. Además, se perjudica e incomoda a todos con el frecuente cambio del alojamiento de las tropas. Incomodidad y perjuicio que todos sufren; por los cuales, todos se vuelven enemigos. Son enemigos que deben temerse, aun cuando permanezcan encerrados en sus casas. La ocupación militar es, pues, desde cualquier punto de vista, tan inútil como útiles son las colonias.

El príncipe que anexe una provincia de costumbres, lengua y organización distintas a las de la suya, debe también convertirse en paladín y defensor de los vecinos menos poderosos, ingeniarse para debilitar a los de mayor poderío y cuidarse de que, bajo ningún pretexto, entre en su Estado un extranjero tan poderoso como él.

Siempre sucede que el recién llegado se pone de parte de aquellos que, por ambición o por miedo, están descontentos de su gobierno, como ya se vio cuando los etolios llamaron a los romanos a Grecia: los invasores entraron en las demás provincias llamados por sus propios habitantes. Lo que ocurre comúnmente es que, no bien un extranjero poderoso entra en una provincia, se le adhieren todos los que sienten envidia de quien es más fuerte entre ellos, de modo que el extranjero no necesita gran fatiga para ganarlos a su causa, ya que, enseguida y de buena gana, forman un bloque con el Estado invasor.

Sólo tiene que preocuparse de que después sus aliados no adquieran demasiada fuerza y autoridad, cosa que puede hacer fácilmente con sus tropas, que abatirán a los poderosos y lo dejarán árbitro único de la provincia. Sin embargo, quien no gobierne bien perderá muy pronto lo que hubiere conquistado. Aun cuando lo conserve, tropezará con infinitas dificultades y obstáculos.

Los romanos, en las provincias de las cuales se hicieron dueños, observaron perfectamente estas reglas. Establecieron



colonias, respetaron a los menos poderosos sin aumentar su poder, avasallaron a los poderosos y no permitieron adquirir influencia en el país a los extranjeros poderosos.

Lo sucedido en la provincia de Grecia me basta como ejemplo. Fueron respetados acayos[2] y etolios, fue sometido el reino de los macedonios, fue expulsado Antíoco. Sin embargo, nunca los méritos que hicieron acayos o etolios los llevaron a permitirles expansión alguna. Ni las palabras de Filipo los indujeron a tenerlo como amigo sin someterlo; ni el poder de Antíoco pudo hacer que consintiesen darle algún estado en la provincia.

En estos casos, los romanos hicieron lo que todo príncipe prudente debe hacer. No es simplemente preocuparse de los desórdenes presentes, sino también de los futuros y de evitar los primeros a cualquier precio. Los problemas prevenidos a tiempo se pueden remediar con facilidad, pero si se espera que progresen, la medicina llega a deshora pues la enfermedad se ha vuelto incurable. Sucede lo que los médicos dicen del tísico: al principio, su mal es difícil de conocer, pero fácil de curar; mientras que, con el transcurso del tiempo, al no haber sido conocido ni atajado, se vuelve fácil de conocer, pero difícil de curar.

Así pasa en las cosas del Estado: los males que nacen en él, cuando se los descubre a tiempo, se los cura pronto; pero ya no tienen remedio cuando, por no haberlos advertido, se los deja crecer hasta el punto de que todo el mundo los ve. Los romanos vieron con tiempo los inconvenientes, los remediaron siempre y jamás les dejaron seguir su curso por evitar una guerra. Sabían que una guerra no se evita, sino que se difiere para provecho ajeno.

La declaración contra Filipo y contra Antíoco en Grecia, para no verse obligados a sostenerla en Italia. En ese entonces podían evitarla tanto en una como en otra parte, pero no lo quisieron. Nunca fueron partidarios de ese consejo que está en

2. Aqueos. Originarios de Acaya



boca de todos los sabios de nuestra época: “Hay que esperarlo todo del tiempo”. Ellos prefirieron confiar en su prudencia y en su valor, sin ignorar que el tiempo puede traer cualquier cosa consigo. Puede engendrar tanto el bien como el mal, tanto el mal como el bien.

Pero volvamos a Francia y examinemos si se ha hecho algo de lo dicho. Hablaré no de Carlos VIII, sino de Luis XII. Es decir,

> “quien ayuda a otro a hacerse poderoso, causa su propia ruina”

de aquel que, por haber dominado más tiempo en Italia, nos ha permitido apreciar mejor su conducta. Y se verá cómo ha realizado lo contrario de lo que debe concebirse para conservar un Estado de distinta nacionalidad.

El rey Luis XII fue llevado a Italia por la ambición de los venecianos, quienes querían, gracias a su intervención, conquistar la mitad de Lombardía. Yo no pretendo censurar la decisión tomada por el rey. Si tenía el propósito de empezar a introducirse en Italia, carente de amigos y con todas las puertas cerrándose a causa de los desmanes del rey Carlos VIII, no podía menos que aceptar las amistades que se le ofrecían. Por ello, habría triunfado en su designio si no hubiese cometido error alguno en sus medidas posteriores.

Conquistada, pues, la Lombardía, el rey pronto recobró para Francia la reputación que Carlos le había hecho perder. Génova cedió; los florentinos le brindaron su amistad. El marqués de Mantua, el duque de Ferrara, los Bentivoglio, la señora de Furli, los señores de Faenza de Pésaro, de Rímini, de Camerino



y de Piombino, los luqueses, los paisanos y los sieneses, todos trataron de convertirse en sus amigos. Sólo entonces pudieron comprender los venecianos la temeridad de su ocurrencia: para apoderarse de dos ciudades de Lombardía, hicieron dueño de las dos terceras partes de Italia a un rey extranjero.

Considérese ahora con qué facilidad el rey podía conservar su influencia en Italia. Con tal de haber observado las reglas enunciadas; defendido a sus amigos, quienes, por ser numerosos, débiles y temer unos a los venecianos y otros a la Iglesia, estaban siempre necesitados de su apoyo; por medio de ellos, pudo haber contenido sin dificultad a los pocos enemigos grandes que quedaban.

Sin embargo, pronto obró al revés en Milán al ayudar al papa Alejandro V para que ocupase la Romana. No advirtió que, con esta medida, perdía a sus amigos y a quienes se habían puesto bajo su protección. A la par que debilitaba sus propias fuerzas, engrandecía a la Iglesia que ya bastante autoridad le daba, al añadir excesivo poder temporal al espiritual.

Al cometer un primer error, hubo de seguir por el mismo camino. Por ejemplo, para poner fin a la ambición de Alejandro V e impedir que se convirtiese en señor de Toscana, se vio obligado a volver a Italia. No le bastó haber engrandecido a la Iglesia y perdido a sus amigos, sino que, para gozar tranquilo del reino de Nápoles, lo compartió con el rey de España; donde él era antes árbitro único. Además, en lugar de colocar un rey tributario, puso a un compañero que podía echarlo a él para que los ambiciosos y los descontentos de la provincia tuviesen a quien recurrir.

El ansia de conquista es, sin duda, un sentimiento muy natural y común. Siempre que alcancen quienes estén en posibilidad, antes serán alabados que censurados, pero, cuando intentan hacerlo a toda costa los que no pueden, la censura es lícita. Si Francia podía con sus fuerzas apoderarse de Nápoles, debía hacerlo pero, si no podía, no debía dividirlo. Si el reparto que hizo de Lombardía con los venecianos era excusable porque le permitió



entrar en Italia. Lo otro, que no estaba justificado por ninguna necesidad, es reprobable.

En resumen, Luis XII cometió cinco faltas: aniquiló a los débiles, aumentó el poder de un hombre poderoso de Italia, introdujo en ella a un extranjero más poderoso aún, no se estableció en el territorio conquistado y no fundó colonias. Sin embargo, estas faltas, por lo menos en vida, podrían no haber traído consecuencias desastrosas al evitar la sexta: despojar de su territorio y de su gobierno a los venecianos. Era muy razonable y hasta necesario que los sometiese, aunque no hubiese fortalecido a la Iglesia o introducido a España en Italia, pero cometido el error, nunca debió consentir en la ruina de los venecianos. Poderosos como eran, habrían mantenido a los otros siempre distantes de toda acción contra Lombardía; ya porque su ambición de ser los únicos dueños mantendría la alerta constante, ya porque los otros no hubiesen querido arrebatársela a Francia para dársela a los venecianos, ya porque su propia falta de audacia les impidiera abatir a ambas naciones.

Si alguien discutiera que el rey Luis XII cedió la Romaña a Alejandro V y Nápoles a España para evitar la guerra, contestaría con las razones ya utilizadas: para evitar una guerra nunca se debe crear un desastre porque no se la evita, sino se la posterga en perjuicio propio. En cambio, si otros alegasen la promesa que el rey había hecho al Papa, de ejecutar la empresa en su favor para obtener la disolución de su matrimonio con su esposa Juana y el capelo cardenalicio para el arzobispo de Ruán, respondería con lo que más adelante explicaré sobre la fe de los príncipes y de la forma de observarla.

El rey Luis XII ha perdido, pues, la Lombardía por no haber seguido ninguna de las normas impuestas por aquellos que conquistaron provincias y quisieron conservarlas. No se trata de milagro alguno, sino de un hecho muy natural y lógico. Así se lo dije en Nantes al cardenal de Ruán mientras que “el Valentino”, como era llamado César Borgia por el pueblo, hijo del papa Alejandro V, ocupaba la Romaña. Como me dijera el



cardenal de Ruán que los italianos no entendían nada de los asuntos de guerra, yo tuve que contestarle que los franceses entendían menos de los temas referidos al Estado porque, de lo contrario, no hubiesen dejado que la Iglesia adquiriese tanta influencia. Ya se ha visto cómo, después de haber contribuido a crear la grandeza de la Iglesia y la de España en Italia, Francia fue arruinada por ellas. De lo cual se infiere una regla general que rara vez: quien ayuda a otro a hacerse poderoso, causa su propia ruina, ya que, de forma natural, quien se ha vuelto poderoso recela de la misma astucia, o de la misma fuerza, por la cual ha alcanzado la grandeza.





María Magdalena penitente (1455).
Escultura de Donatello. Museo dell'Opera del Duomo.

Capítulo IV

Por qué el reino de Darío, ocupado por Alejandro, no se sublevó contra los sucesores de éste tras su muerte

Consideradas las dificultades que encierra el conservar un Estado recientemente adquirido, alguien podría preguntarse con asombro cómo hecho Alejandro Magno dueño de Asia en pocos años, y muerto apenas ocupada, sus sucesores, en circunstancias en que hubiese sido muy natural que el Estado se rebelase, lo retuvieron en sus manos sin más obstáculo que la ambición nacida entre ellos.

Contesto que todos los principados guardados en memoria han sido gobernados de dos modos distintos: O por un príncipe que elige, de entre sus siervos, a los ministros encargados de auxiliarlo en su gobierno; o por un príncipe asistido por nobles quienes no por la gracia del Señor, sino a la antigüedad de su linaje, deben la posición que ocupan. Estos últimos nobles tienen estados y súbditos propios que los reconocen por señores y les tienen natural afección. Mientras que, en los Estados gobernados por un príncipe asistido por siervos, el príncipe goza de mayor autoridad porque en toda la provincia no se reconoce soberano sino él. Si se obedece a otro, a quien además no se tiene particular amor, sólo se lo hace por tratarse de un ministro y magistrado del príncipe.

Los ejemplos de estas dos clases de gobierno se hallan hoy en el Gran Turco y en el rey de Francia. Toda Turquía está gobernada por un solo señor, del cual los demás habitantes son siervos; un señor que divide su reino en sanjacados, nombra sus administradores y los cambia y reemplaza a su antojo. En cambio, el rey de Francia está rodeado por una multitud de antiguos nobles que tienen sus prerrogativas, son dueños de



un estado que el rey no puede arrebatarles sin exponerse y son reconocidos y amados por sus súbditos. Así, si se examina uno y otro gobierno, se verá que hay, en efecto, dificultad para conquistar el Estado del Turco, pero que, una vez conquistado, es muy fácil conservarlo. Las razones de la dificultad para apoderarse del reino del Turco residen en que no se puede esperar ser llamado por los príncipes del Estado ni confiar en que su rebelión facilitará la empresa. Porque, siendo esclavos y deudores del príncipe, no es nada fácil sobornarlos. Aunque se lo consiguiese, de poca utilidad sería. Ya que, por las razones enumeradas, los traidores no podrían arrastrar consigo al pueblo. Por lo tanto, le conviene reflexionar, a quien piense atacar al Turco, en que hallará el Estado unido por lo que debe confiar más en sus propias fuerzas que en las intrigas ajenas. Pero, una vez vencido y aniquilado en campo abierto, ya no hay más pasos que tomar a la familia del príncipe para extinguirla. Después, no quedará persona alguna que represente peligro pues nadie gozará del crédito del pueblo. Antes de la victoria, el vencedor no podía esperar nada de los ministros del príncipe, ahora, victorioso, nada debe temer después de ella.

Lo contrario sucede en los reinos organizados parecidos al de Francia donde fácil te será entrar, si logras atraer a algunos de los nobles existen descontentos y amigos de las mudanzas; estos pueden abrir el camino y facilitarte la conquista. Mas, cuando la cuestión es mantenerla, tropezarás después con infinitas dificultades al luchar tanto contra los que te han ayudado como contra los que has ayudado a oprimir. No bastará que extermines la raza del príncipe ya que, quedarán los nobles, futuros cabecillas de los nuevos movimientos, que te impedirán confrontarlos o matarlos a todos, por lo que perderás el Estado en la primera oportunidad que se les presente.

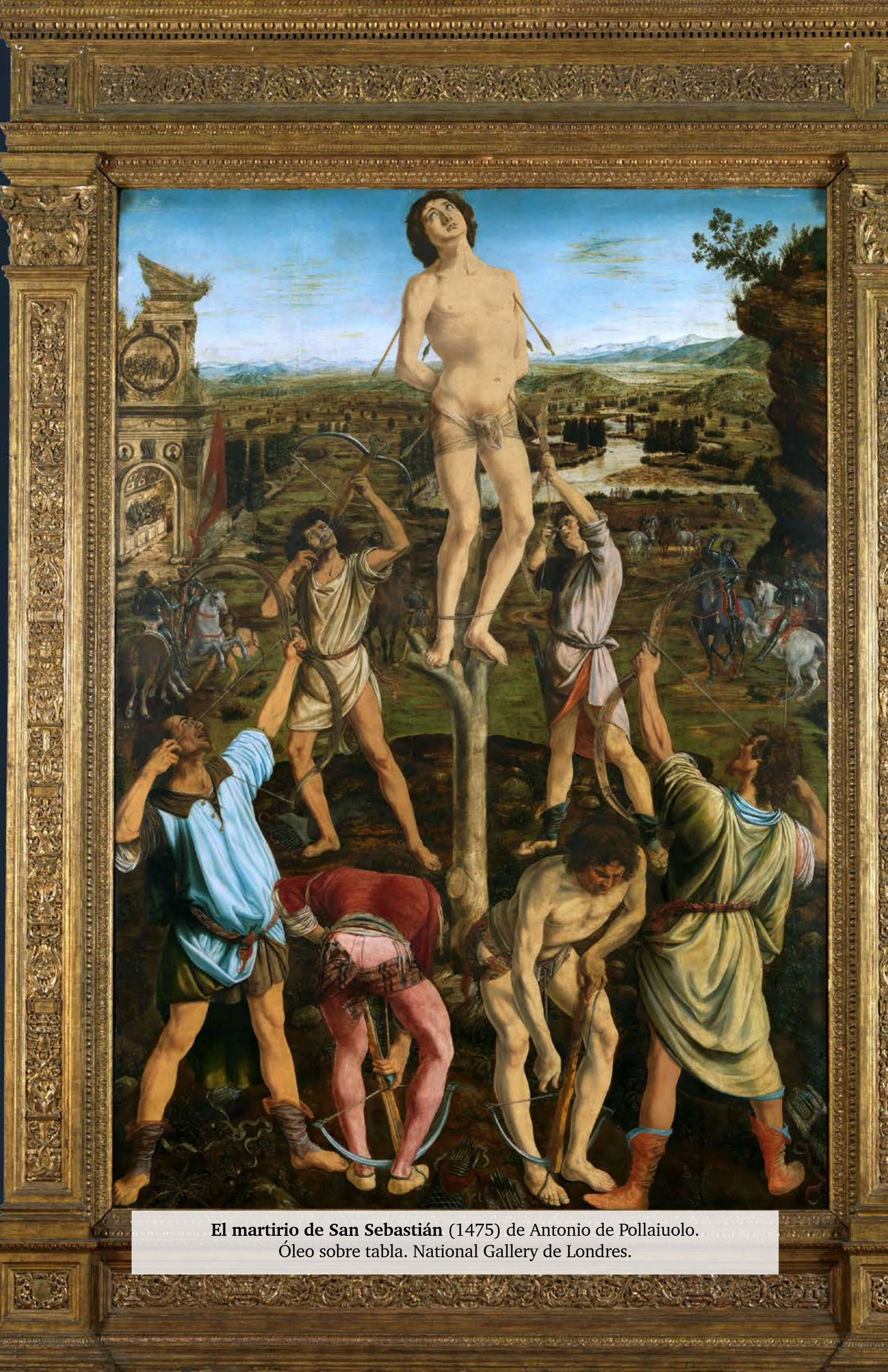
Al meditar sobre la naturaleza del gobierno de Darío III se advertirán similitudes con el manejo gubernamental del Turco. Por eso fue preciso que Alejandro fuera a su encuentro y le derribara en campada. Después de la victoria, muerto



Darío, Alejandro quedó dueño del Estado por las razones discurridas. En consecuencia, si los sucesores de Alejandro hubiesen permanecido unidos, habrían podido gozar en paz de la conquista porque no hubo en el reino otros tumultos ajenos a sus rencillas internas.

Sin embargo, es imposible gozar con tanta seguridad en un Estado organizado como el de Francia. Por ejemplo, los numerosos principados en España, Italia y Grecia explican las frecuentes revueltas contra los romanos; mientras perduró el recuerdo de su existencia, los romanos nunca estuvieron seguros de su conquista, pero, una vez eliminado cualquier rastro de afecto histórico, se convirtieron en sus seguros dominadores gracias a la duración y al poder de su Imperio. Por ello luego así pudieron, peleándose entre sí, sacar la parte que les fue posible en aquellas provincias, de acuerdo con la autoridad que tenían en ellas. Al haberse extinguido la familia de sus antiguos señores, no se reconocían otros dueños que los romanos. Pues, al considerar estas cosas, no se asombrará nadie de la facilidad con la cual Alejandro conservó el Imperio de Asia, al mismo nivel de la dificultad encontrada por los otros para conservar lo adquirido, como Pirro y muchos otros. Sin embargo, ello no depende de la poca o mucha virtud del conquistador, sino de la naturaleza de lo conquistado.





El martirio de San Sebastián (1475) de Antonio de Pollaiuolo.
Óleo sobre tabla. National Gallery de Londres.

Capítulo V

De qué manera hay que gobernar las ciudades o los principados que se regían por sus propias leyes, antes de ser ocupados

Hay tres modos de conservar un Estado que estaba acostumbrado a regirse por sus propias leyes y a vivir en libertad, antes de ser adquirido: primero, destruirlo; después, radicarse en él; por último, dejarlo regir por sus leyes. Mas, se establece un gobierno por un pequeño número de personas para que vele por la conquista y obligarlo a pagar un tributo; por lo tanto, como ese gobierno sabe que nada puede sin la amistad y poder del príncipe, no ha de reparar en medios para conservar el Estado. Si se quiere conservar una ciudad acostumbrada a vivir libre, no hay nada mejor que hacerla gobernar por sus propios ciudadanos.

> "Si se quiere conservar una ciudad acostumbrada a vivir libre, no hay nada mejor que hacerla gobernar por sus propios ciudadanos"

Ahí están los espartanos y los romanos corno ejemplo de ello. Los espartanos ocuparon Atenas y Tebas, dejaron en ambas ciudades un gobierno oligárquico, y, sin embargo, las perdieron. Los romanos para conservar a Capua, Cartago y Numancia, las arrasaron y no las perdieron. Quisieron conservar a Grecia como lo habían hecho los espartanos, dejándole sus leyes y su libertad, pero no tuvieron éxito: de modo que se vieron obligados a destruir muchas ciudades de aquella provincia para no perderla. Porque, en verdad, el único medio seguro de dominar una ciudad acostumbrada a vivir libre es destruirla.

Quien se haga dueño de una ciudad así y no la aplaste, espere a ser aplastado por ella. Sus rebeliones siempre tendrán por baluarte el nombre de libertad y sus antiguos estatutos, cuyo hábito nunca podrá hacerle perder el tiempo ni los beneficios. Por mucho que se haga y se prevea, si los habitantes no se separan ni se dispersan, nadie se olvida de aquel nombre ni de aquellos estatutos, a los cuales recurren en cualquier contingencia, como hizo Pisa tras estar un siglo bajo el yugo florentino.

El caso contrario es cuando las ciudades o provincias están acostumbradas a vivir bajo un príncipe. Cuando, por la extinción de éste y su linaje, queda vacante el gobierno, un príncipe puede fácilmente conquistarlas y retenerlas ya que, por un lado, los habitantes están habituados a obedecer; por otro, no tienen a quién; no se ponen de acuerdo para elegir a uno de entre ellos; no saben vivir en libertad y, por último, tampoco se deciden a tomar las armas contra el invasor. En las Repúblicas, en cambio, hay más vida, más odio, más ansias de venganza. Debido a que el recuerdo de su antigua libertad no les concede, no puede concederles un solo momento de reposo el mejor camino es destruirlas o radicarse en ellas.





Musical Angel (1522) de Rosso Fiorentino. 39×47 cm. Galería Uffizi.



Capítulo VI

De los principados nuevos adquiridos por las armas propias y el talento personal

Al hablar de los principados de nueva creación y de aquellos en los que sólo es nuevo el príncipe, nadie se asombre de que yo traiga a colación ejemplos ilustres. Los hombres siguen casi siempre el camino abierto por otros, se empeñan en imitar las acciones de los demás. Incluso cuando se es imposible alcanzar la perfección del modelo o de seguir exactamente el mismo camino, todo hombre prudente debe recorrer la misma vía de los grandes e imitar a los que han sido excelsos; para que, si no los iguala en virtud, por lo menos se les acerque. Los hombres deben ser arqueros experimentados, quienes, cuando deben alcanzar un blanco muy lejano con la conciencia de los límites de su arma, apuntan por sobre él; no para llegar a tanta altura, sino para acertar donde se lo proponían con la ayuda de una mira elevada.

Los principados de nueva creación, donde hay un príncipe nuevo, son más o menos difíciles de conservar según las habilidades del propio príncipe que los adquiere. Al darse por verdadero el hecho de que un hombre se convierte de la nada en príncipe necesariamente por talento o por suerte, es de creerse, en consecuencia, que una u otra de estas dos cualidades allana muchas dificultades. Sin embargo, quien menos ha confiado en el azar es siempre quien más tiempo ha conservado su conquista. Se asentará la conquista al no poseer otros estados, ya que el príncipe se verá obligado a establecerse en el territorio.

Pero quiero referirme a aquellos que se convirtieron en príncipes no por el azar, sino por sus virtudes. Y digo entonces que, entre ellos, los más ilustres han sido Moisés, Ciro, Rómulo,



Teseo y otros no menos grandes, dignos todos ellos de imitación. Aunque Moisés sólo fue un simple agente de la voluntad de Dios, merece, sin embargo, nuestra admiración, siquiera sea por la gracia que lo hacía digno de hablar con Dios.

Además, también son admirables Ciro y todos los demás que han adquirido o fundado reinos. Si juzgamos sus hechos y su gobierno, hallaremos que no deslucen ante los de Moisés, aunque este fue auxiliado por Dios. Y si nos detenemos a estudiar su vida y sus obras, descubriremos que no deben a la fortuna sino el haberles proporcionado la ocasión propicia, material al cual ellos dieron la forma conveniente. Verdad es

> “Incluso cuando se es imposible alcanzar la perfección del modelo o de seguir exactamente el mismo camino, todo hombre prudente debe recorrer la misma vía de los grandes e imitar a los que han sido excelsos”

que, sin esa ocasión, sus méritos de nada hubieran valido. Pese a ello, también es cierto que, sin sus méritos, era inútil que la ocasión se presentara. Fue, pues, necesario que Moisés hallara al pueblo de Israel esclavo y oprimido por los egipcios para que ese pueblo, ansioso de salir de su ofuscamiento, se dispusiera a seguirlo. Se hizo menester que Rómulo no pudiese vivir en Alba



y estuviera expuesto desde su nacimiento, para que llegase a ser rey de Roma y fundador de su Patria. Ciro tuvo que ver a los persas descontentos por la dominación de los medas y a los medas, flojos e indolentes, como consecuencia de una larga paz. No habría podido Teseo manifestar sus virtudes si no hubiese sido testigo de la dispersión de los atenienses. Por lo tanto, estas ocasiones permitieron que los hombres realizaran felizmente sus designios mientras que, por otro lado, sus méritos permitieron que las ocasiones rindieran provecho, con lo cual llenaron de gloria y de dicha a sus patrias.

Aquellos convertidos en príncipes por caminos semejantes, adquieren el principado con dificultades, pero lo conservan sin sobresaltos. Las vicisitudes nacen, en parte, de las nuevas leyes y costumbres que se ven obligados a implantar para fundar el Estado y garantizar su seguridad. Pues, debe considerarse que no hay nada más difícil de emprender ni más dudoso de hacer triunfar ni más peligroso de manejar que el introducir nuevas leyes.

Me explico mejor.

El innovador se transforma en enemigo de todos aquellos que se beneficiaban de las leyes antiguas. No se granjea sino la amistad inicial de los que se beneficiarán con las nuevas. La tibieza en el trato con los ciudadanos se origina, por un lado, en el temor de aquellos que tienen de su parte a la legislación antigua y, por otro, la incredulidad de los hombres, nunca fiándose en las cosas nuevas hasta ver sus frutos. En consecuencia, cada vez que la parte enemiga tiene oportunidad para atacar, lo hace enérgicamente mientras que aquellos otros asumen la defensa por mero compromiso, por lo que el príncipe se expone a caer con ellos. Por consiguiente, si se quiere analizar bien esta parte, es preciso fijarse en la fuerza de esos innovadores, así como a la naturaleza dependiente o independiente de sus posibilidades; si necesitan recurrir a la súplica para realizar su obra, o si pueden imponerla por la fuerza.

En el primer caso, fracasan siempre y nada queda de sus intenciones. En el segundo caso, cuando sólo dependen de sí



mismos y pueden actuar con la ayuda de la fuerza, rara vez encuentran la derrota de sus esfuerzos. Se explica así que sólo los profetas armados hayan triunfado mientras que los desarmados, hayan fracasado. Hay que agregar, además, que los pueblos son cambiantes y que, si es fácil convencerlos de algo, es difícil mantenerlos fieles a esa convicción, por lo cual conviene estar preparados de tal manera, que, cuando ya no crean, se les pueda hacer creer por la fuerza. Desarmados como el fray Girolamo Maria Francesco Savonarola[3], Moisés, Ciro, Teseo y Rómulo no habrían podido hacer respetar sus estatutos durante mucho tiempo ante la multitud. Al percibir la duda del religioso, fracasó en sus innovaciones, pues se encontró con la carencia de medios tanto para mantener a los fieles en su creencia como para hacer creer a los incrédulos.

Los revolucionarios tropiezan con serias dificultades, todos los peligros surgen en su camino y sólo con gran valor pueden superarlos; pero, vencidos los obstáculos, una vez que han hecho desaparecer a los que tenían envidia de sus virtudes, viven poderosos, seguros, honrados y felices.

A tan excelsos ejemplos hay que agregar otro de menor jerarquía, pero que guarda cierta proporción con aquéllos y que servirá para todos los de igual clase. Es el de Hierón de Siracusa[4], quien de simple ciudadano llegó a ser príncipe sin tener otra deuda con el azar que la ocasión; pues los siracusanos, oprimidos, lo nombraron su capitán y fue entonces cuando hizo méritos suficientes para que lo eligieran príncipe. A pesar de no ser noble, dio pruebas de tantas virtudes que quien ha escrito de él ha dicho: *quod nihil illi deerat ad regnandum praeter regnum*[5]. Entre sus avances, licenció el antiguo ejército y creó uno nuevo; dejó las amistades viejas y se hizo de otras; y así, rodeado por soldados y amigos fieles, pudo construir sobre tales cimientos cuanto edificio quiso. De lo que tanto le había costado adquirir, poco le costó conservar.

3. Fraile y político italiano (1452-1498)
4. Hierón I
5. Nada le faltaba para reinar excepto el reino.





El abismo del infierno, 1480 - Sandro Botticelli.
Biblioteca Apostólica Vaticana.



Capítulo VII

De los principados nuevos que se adquieren con las armas y las fortunas de otros

Los que sólo por la suerte se convierten en príncipes poco esfuerzo necesitan para llegar a serlo, sin embargo, mucha habilidad deberán poseer para mantenerse. Debido a que tales hombres vuelan, las dificultades no surgen en su camino, pero se presentan una vez instalados.

En este apartado me refiero a los que adquieren un Estado por compra o como regalo; tal cual sucedió a muchos en Grecia, en las ciudades de Jonia y del Helesponto. Muchos fueron hechos príncipes por Darío, a fin de que le conservasen dichas ciudades para su seguridad y gloria; como sucedió a muchos emperadores que llegaban al trono corrompiendo a los soldados. Estos príncipes no se sostienen sino por la voluntad y la fortuna —cosas ambas mudables e inseguras— de quienes los elevaron. No saben ni pueden conservar aquella dignidad. Si no son hombres de talento y de virtudes superiores, no es presumible que conozcan el arte del mando, ya que han vivido siempre como simples ciudadanos. Además, no pueden alcanzarlo porque carecen de fuerzas que puedan serles incondicionales y fieles. Por otra parte, los Estados que nacen de pronto no pueden tener raíces ni sostenes que los defiendan del tiempo adverso, como todas las cosas de la naturaleza que brotan y crecen precozmente. La excepción se da si, aquellos que se han convertido de forma tan súbita en príncipes, se ponen a la altura de lo que la fortuna ha depositado en sus manos; preparándose inmediatamente para conservarlo al construir los cimientos que cualquier otro tiene antes de llegar al Principado.

Acerca de estos dos modos de llegar a ser príncipe —por



méritos o por suerte—, quiero citar dos ejemplos que perduran en nuestra memoria: el de Francisco Sforza y el de César Borgia.

Francisco, de simple particular que era, de la nada se convirtió en Duque de Milán y conservó con poca fatiga lo que con mil afanes había conquistado. En el campo opuesto, César Borgia, llamado Duque Valentino por el vulgo, adquirió y perdió el Estado con la fortuna de su padre, a pesar de haber empleado todos los medios imaginables que un hombre prudente y hábil debe hacer para arraigarse en un Estado que se ha obtenido con armas y apoyo ajenos. Porque, como ya he dicho, el que no coloca los cimientos con anticipación podría colocarlos luego si tiene talento, aun con riesgo de disgustar al arquitecto y de hacer peligrar el edificio. Si se examinan los progresos del duque, se verá que ya había echado las bases para su futura grandeza. Creo que no es superfluo hablar de ello, porque no sabría qué mejores consejos dar a un príncipe nuevo que el ejemplo de las medidas tomadas por otros como él. Si no le dieron el resultado apetecido, no fue culpa suya, sino producto de un extraordinario y extremado rigor de la suerte.

> “No puedo, pues, censurar ninguno de los actos del duque”

Para hacer poderoso a su hijo el duque, tenía Alejandro VI que luchar contra grandes dificultades presentes y futuras. En primer lugar, no veía manera de hacerlo señor de algún Estado que no fuese de la Iglesia; además, en segundo lugar, sabía que ni el duque de Milán ni los venecianos le consentirían que



desmembrase los territorios de la Iglesia, porque ya Faenza y Rímini estaban bajo la protección de los venecianos. Después veía que los ejércitos de Italia, especialmente aquellos de los que hubiera podido servirse, estaban en manos de quienes debían temer el engrandecimiento del papa. Mal podía fiarse de las tropas mandadas por los Orsini, los Colonna y sus aliados. Era, pues, necesario remover el estado social y desorganizar los territorios para apoderarse sin riesgos de una parte de ellos. Lo que le fue fácil, porque los venecianos, movidos por otras razones, habían invitado a los franceses a volver a Italia, lo que facilitó la disolución del primer matrimonio del rey Luis. De suerte que el rey entró en Italia con la ayuda de los venecianos y el consentimiento de Alejandro VI. No había llegado aún a Milán cuando el papa obtuvo tropas de aquél para la empresa de la Romaña, a la que nadie se opuso gracias a la autoridad del rey. Adquirida, pues, la Romaña por el duque y derrotados los Colonna, se presentaban dos obstáculos que impedían conservarla y seguir adelante.

Uno, sus tropas, que no le eran partidarias; dos, la voluntad de Francia. Temía que las tropas de los Orsini, de las cuales se había valido, le faltasen en el momento preciso y no sólo le impidiesen conquistar más, sino que le arrebatasen lo conquistado. Por lo tanto, temía al rey. Tuvo una prueba de lo que sospechaba de los Orsini cuando, después de la toma de Faenza, asaltó a Bolonia, en cuyas circunstancias los vio batirse con frialdad. En lo que respecta al rey, descubrió sus intenciones cuando, ya dueño del ducado de Urbino, so vio obligado a renunciar a la conquista de Toscana por su intervención. Y, entonces, decidió no depender más de la fortuna y las armas ajenas. Lo primero que hizo fue debilitar a los Orsini y a los Colonna en Roma, ganándose a su causa a cuantos nobles les eran antes incondicionales, a los cuales entregó grandes sueldos y honró de acuerdo con sus méritos con mandos y administraciones, de modo que, en pocos meses, el afecto se volcó por completo en el duque.



Después de dispersar a los Colonna, esperó la ocasión de terminar con los Orsini. Oportunidad que se presentó bien y él aprovechó mejor. Los Orsini, que muy tarde habían comprendido que la grandeza del duque y de la Iglesia generaban su ruina, celebraron una reunión en Magione, ubicado en el territorio de Perusa, de la cual nació la rebelión de Urbino, los tumultos de Romaña y los infinitos peligros por los cuales travesó el duque; sin embargo, éste supo conjurar todo con la ayuda de los franceses. Una vez restaurada su autoridad, el duque, que no podía fiarse de los franceses ni de las demás fuerzas extranjeras, que no se atrevía a desafiarlas, recurrió a la astucia. Supo disimular tan bien sus propósitos que los Orsini, por intermedio del señor Paulo —a quien el duque colmó de favores para conquistarlo, sin escatimarle dinero, trajes ni caballos—, se reconciliaron inmediatamente hasta tal punto que su candidez los llevó a caer en sus manos en Sinigaglia. Exterminados, pues, estos jefes y convertidos los partidarios de ellos en amigos suyos, el duque tenía construidos sólidos cimientos para su poder futuro, máxime cuando poseía toda la Romaña, el ducado de Urbino y se había ganado la buena voluntad de esos pueblos, los cuales empezaban a disfrutar el bienestar de su gobierno.

Porque esta parte es digna de mención y de ser imitada por otros, conviene no ser pasada por alto. Cuando el duque se encontró con que la Romaña conquistada estaba bajo el mando de señores ineptos, porque despojaban a sus súbditos y que más les daban motivos de desunión que de unión, por lo cual se sucedían continuamente los robos, las riñas y toda clase de desórdenes, juzgó necesario, si se quería pacificarla y volverla dócil a la voluntad del príncipe, dotarla de un gobierno severo. Eligió para esta misión a Ramiro de Orco, hombre cruel y expeditivo, a quien dio plenos poderes. En poco tiempo impuso éste su autoridad, restableciendo la paz y la unión. Juzgó entonces el duque innecesaria tan excesiva autoridad, que podía hacerse odiosa, y creó en el centro de la provincia,



bajo la presidencia de un hombre virtuosísimo, un tribunal civil en el cual cada ciudadano tenía a su abogado. Debido a que sabía que los rigores pasados habían engendrado algún odio contra su persona, quiso demostrar, para aplacar la animosidad de sus súbditos y atraérselos, que, si algún acto de crueldad se había cometido, no es debía a él, sino a la salvaje naturaleza del ministro asignado. Llegada la ocasión, una mañana lo hizo exponer en la plaza de Cesena tras ser cortado en dos pedazos, con un palo de madera y un cuchillo cubierto de sangre al lado. La ferocidad de semejante espectáculo dejó al pueblo a la vez satisfecho y estupefacto.

> “Entre las personas eminentes, se engaña quien cree que los beneficios nuevos hacen olvidar las ofensas antiguas”

Pero volvamos al punto de partida.

Se encontraba el duque bastante poderoso, cubierto en parte de todo peligro presente, luego de haberse armado en la necesaria medida y de haber aniquilado los ejércitos que encerraban peligro inmediato. Pero le faltaba, si quería continuar sus conquistas, obtener el respeto del rey de Francia, pues sabía que el rey, aunque advertido tarde de su error, trataría de subsanarlo. Empezó por ello a buscarse amistades nuevas, a mostrarse indeciso con los franceses cuando estos se dirigieron al reino de Nápoles para luchar contra los españoles que sitiaban a Gaeta. Y si Alejandro VI hubiese vivido aún, su



propósito de verse libre de ellos no habría tardado en cumplirse.

Este fue su comportamiento en lo que se refiere a los hechos presentes. En cuanto a los hechos futuros, por encima de todo, debía evitar que el nuevo sucesor en el Papado fuese enemigo suyo y le quitase lo que Alejandro VI le había dado. Para asegurarse de ello pensó cuatro medios distintos: primero, exterminó a todos los descendientes de los señores a quienes había despojado para que el Papa no tuviera oportunidad de restablecerlos. Segundo, atrayéndose a todos los nobles de Roma para oponerse con su ayuda a los designios del Papa. Tercero, reduciendo al sacro colegio de los cardenales a su voluntad, hasta donde pudiese. Cuarto, adquiriendo tanto poder, antes de que el Papa muriese, que pudiera por sí mismo resistir un primer ataque. De estas cuatro cosas, ya había realizado tres a la muerte de Alejandro, la cuarta estaba concluida. De señores despojados, mató a cuantos pudo alcanzar, contaba con nobles romanos ganados a su causa y gozaba de gran influencia en el sacro colegio de cardenales.

Ahora, en relación a las nuevas conquistas, tramaba apoderarse del resto de la Toscana; ya poseía a Perusa y Piombino, aparte de Pisa, que se había puesto bajo su protección. En cuanto no tuviese que guardar más miramientos con los franceses, se echaría sobre Pisa. Sin embargo, no tenía por qué guardárselos, puesto que ya los franceses habían sido despojados del reino de Nápoles por los españoles, y unos y otros necesitaban comprar su amistad.

Después de obtener Pisa, Luca y Siena no tardarían en ceder. Primero por odio contra los florentinos, después, por miedo al duque. Contra este ataque, los florentinos nada podrían hacer. Si hubiese logrado esto, incluso el mismo año de la muerte de Alejandro VI, habría adquirido tanto poder y tanta autoridad que se hubiera sostenido por sí solo: Ya no habría dependido más de la fortuna ni de las fuerzas ajenas, sino de su poder y de sus méritos.

Pero Alejandro VI murió cinco años después de que el hijo empezara a desenvainar la espada. Lo dejaban con tan sólo un



Estado afianzado: el de Romaña con todos los demás en el aire, entre dos poderosos ejércitos enemigos y, además, enfermo de muerte. Sin embargo, había en el duque tanto vigor de alma y de cuerpo, tan bien sabía cómo se gana o se pierde a los hombres y los cimientos que echara en tan poco tiempo eran tan sólidos que, de no haber tenido dos ejércitos que lo rodeaban o, simplemente, de haber estado sano, se hubiese sostenido contra todas las dificultades. Si los cimientos de su poder eran seguros o no, se vio en seguida, pues la Romaña lo esperó más de un mes. Aunque estaba medio muerto, nada se intentó contra él, a pesar de que los Baglioni, los Vitelli y los Orsini habían ido allí con ese propósito. Y, aunque no hizo Papa a quien quería, por los menos evitó que ascendiera el más peligroso a su poder. Pero todo le hubiese sido fácil si no hubiera enfermado a la muerte de Alejandro. El día en que fue elegido Julio II, él mismo me dijo que había previsto todo lo que podía suceder a la muerte de su padre y su respectivo remedio, pero que nunca habría pensado que, en semejante circunstancias, él mismo podía hallarse moribundo.

No puedo, pues, censurar ninguno de los actos del duque. Por el contrario, me parecen dignos de ser imitados por todos aquellos que llegan al trono mediante la fortuna y las armas ajenas. Porque no es posible conducirse de otro modo cuando se tienen tanto valor y tanta ambición. Y si sus propósitos no se realizaron, tan sólo fue por su enfermedad y por la brevedad de la vida de Alejandro. El príncipe nuevo que crea necesario defenderse de enemigos, conquistar amigos, vencer por la fuerza o por el fraude, hacerse amar o hacerse temer por los habitantes, respetar y obedecer por los soldados, matar a los que puedan perjudicarlo, reemplazar con nuevas las leyes antiguas, ser severo y amable, magnánimo y liberal, disolver las milicias infieles, crear nuevas, conservar la amistad de reyes y príncipes de modo que lo favorezcan de buen grado o lo ataquen con recelos. El que juzgue indispensable hacer todo esto, digo, no puede hallar ejemplos más recientes que los actos del duque.



Sólo se lo puede criticar en lo que respecta a la elección del nuevo Pontífice porque, si bien no podía hacer nombrar a un Papa adicto, podía impedir que lo fuese este o aquel de los cardenales. Nunca debió consentir en que fuera elevado al pontificado alguno de los cardenales a quienes había ofendido o de aquellos que, una vez Papas, tuviesen que temerle. Pues, los hombres ofenden por miedo o por odio. Aquellos a quienes había ofendido eran, entre otros, al cardenal de San Pedro, al de Advíncula, al de Colonna, al de San Jorge y al de Ascanio. Todos los demás llegados al solio podrían temerle, salvo el cardenal de Ambaise, dados los lazos con el reino de Francia y con los cardenales españoles, ligados a él por alianza y por obligaciones recíprocas.

Por consiguiente, el duque debía tratar, ante todo, de ungir Papa a un español y, a no serle posible ello, aceptar al cardenal de Ruán antes de que al cardenal de San Pedro Advíncula. Entre las personas eminentes, se engaña quien cree que los beneficios nuevos hacen olvidar las ofensas antiguas. Se equivocó el duque en esta elección, causa última de su definitiva ruina.





Perseo con la cabeza de Medusa.
Escultura realizada en bronce por Benvenuto Cellini.
Piazza della Signoria, Italia.

Capítulo VIII

De los que llegaron al principado mediante crímenes

Por supuesto, hay otros dos modos de llegar a príncipe que no se pueden atribuir enteramente a la fortuna o a la virtud. Nos corresponde no pasarlos por alto, aunque sobre ellos se discurra con más detenimiento en el capítulo referido a las repúblicas.

Primero, me referiré al caso en el que se asciende al principado por un camino de perversidades y de delitos. En segundo lugar, al caso en que se llega a ser príncipe por el favor de los conciudadanos. Con dos ejemplos, uno antiguo y otro contemporáneo, ilustraré el primero de estos modos, sin entrar a profundizar demasiado en la cuestión, porque creo que bastan para los que se hallan en la necesidad de imitarlos.

El siciliano Agátocles, hombre no sólo de condición oscura, sino baja y abierta, se convirtió en rey de Siracusa. Hijo de un alfarero, llevó una conducta reprochable en todos los períodos de su vida; sin embargo, acompañó siempre sus maldades con tanto ánimo y tanto vigor físico que, inscrito en la milicia, llegó a ser pretor de Siracusa, tras ascender grado por grado. Una vez elevado a esta dignidad, quiso ser príncipe y obtener por la violencia, sin debérselo a nadie, lo que de buen grado le hubiera sido concedido.

Se puso de acuerdo con el cartaginés Amílcar, que se hallaba con sus ejércitos en Sicilia, para reunir una mañana al pueblo y al Senado como si tuviese que deliberar sobre cosas relacionadas con la República. Al tiempo, a una señal convenida, sus soldados mataron a todos los senadores y a los ciudadanos más ricos de Siracusa. Ocupó entonces el trono sin que se encendiera ninguna guerra civil por su causa, manteniéndose como príncipe de la ciudad.



Aunque los cartagineses lo sitiaron dos veces y lo derrotaron, por último, no sólo pudo defender la ciudad, sino que, dejando parte de sus tropas para que contuvieran a los sitiadores, se sirvió del resto de sus ciudadanos para invadir el África. En poco tiempo se levantó el sitio de Siracusa y puso a los cartagineses en tales aprietos, que se vieron obligados a pactar con él, a conformarse con sus posesiones del África y a dejarle la Sicilia. Quien estudie, pues, las acciones de Agátocles y juzgue sus méritos, muy poco o nada encontrará lo que pueda atribuir a la suerte. Como ya he dicho más arriba, no adquirió la soberanía por el favor de nadie, sino a merced de sus grados militares que se había ganado a costa de mil sacrificios y peligros. Se mantuvo en mérito a sus enérgicas y temerarias medidas. Verdad que no se puede llamar virtud el matar a los conciudadanos, el traicionar a los amigos o el carecer de fe, de piedad y de religión, por cuyos medios se puede adquirir poder, mas no la gloria. Pero, si se examina el valor de Agátocles al arrastrar y salir triunfante de los peligros, su grandeza de alma para soportar y vencer los acontecimientos adversos, no se explica uno por qué tiene que ser considerado inferior a los capitanes más famosos.

Sin embargo, por su falta de humanidad, sus crueldades y sus maldades sin número, no es posible consentir el colocarle entre los hombres ilustres. No se puede, pues, atribuir a la fortuna o a la virtud lo que consiguió sin la ayuda de una ni de la otra.

En nuestros tiempos, bajo el papa Alejandro VI, Oliverotto da Fermo, huérfano desde corta edad, fue educado por uno de sus tíos maternos, Juan Fogliani. Después, fue confiado al capitán Pablo Vitelli en su primera juventud, a fin de que llegase a ocupar un grado elevado en las armas gracias a sus enseñanzas. Muerto Pablo, pasó a militar bajo su hermano Vitellozzo. En poco tiempo, como era inteligente, de espíritu y cuerpo gallardos, se convirtió en el primer hombre de su ejército. Pero, sintiéndose demasiado digno para servir a los demás, pensó apoderarse de Fermo con el consentimiento de Vitellozzo y la ayuda de algunos habitantes de la ciudad, a



quienes era más grata la esclavitud que la libertad de su Patria. Escribió a Juan Fogliani explayándose que, luego de tantos años de ausencia, deseaba verlo de nuevo a él y a su Patria. En parte, lo guiaba conocer el estado de su patrimonio y que, como no se había fatigado sino por conquistar gloria, quería, para demostrar a sus compatriotas que no había perdido el tiempo, entrar con todos los honores y acompañado por cien caballeros, amigos y servidores suyos.

Rogábale, pues, que le procurara un acogimiento honroso por parte de los ciudadanos de Fermo, ya que, con ello, no sólo lo honraba a él, sino que se honraba a sí mismo al haber sido su maestro. No olvidó Juan ninguno de los honores debidos a su sobrino y lo hizo recibir dignamente por los ciudadanos de Fermo, en cuyas casas se alojó con su comitiva. Transcurridos algunos días, y preparado todo cuanto era necesario para su premeditado

> "Por el contrario,
> mal empleadas
> son aquellas maldades que,
> aunque poco graves
> al principio, con el tiempo
> crecen mucho
> antes de poder extinguirse"

crimen, Oliverotto dio un banquete solemne al cual invitó a Juan Fogliani y a los principales hombres de Ferno. Después de consumir los manjares y concluir con los entretenimientos propios de tales ocasiones Oliverotto, deliberadamente, hizo recaer la



conversación en peligrosos argumentos, sobre la grandeza y los actos del papa Alejandro VI y de César Borgia, su hijo. Juan y los otros contestaron a esos argumentos, por lo que se levantó de pronto, señaló que convenía hablar de semejantes temas en un lugar más seguro y se retiró a una habitación, seguido por Juan y los demás ciudadanos. No habían tomado asiento éstos cuando, de algunos escondrijos, salieron soldados que dieron muerte a los invitados. Al estar consumado el crimen, montó Oliverotto a caballo, atravesó la ciudad y sitió en su palacio al primer magistrado. Entonces, los ciudadanos no tuvieron más remedio que someterse y constituir un gobierno con Oliverotto como jefe.

Muertos todos los que hubieran podido significar un peligro para él, se preocupó por reforzar su poder con nuevas leyes civiles y militares. De manera que, durante el año que gobernó, no sólo estuvo seguro en Fermo, sino que fue temido por los vecinos. Habría sido tan difícil de derrocar como Agátocles si no se hubiese dejado engañar por César Borgia cuando, en Sinigaglia, sorprendió este a los Orsini y los Vitelli. Una vez aprehendido el propio Oliverotto con estos, un año después de su parricidio, fue estrangulado en compañía de Vitellozzo, su maestro en hazañas y en crímenes.

Por supuesto, podría surgir la pregunta de por qué, a pesar de sus traiciones y rigores sin número, Agátocles y otros de su calaña pudieron vivir durante mucho tiempo a cubierto de su Patria, defenderse de los enemigos de afuera y sin temer conspiraciones internas; mientras que otros, no sólo mediante medidas tan extremas no lograron conservar su poderío en épocas dudosas de guerra, sino tampoco en tiempos de paz.

A mi modo de ver, depende del buen o mal uso que se hace de la crueldad. Si a lo malo se lo puede llamar bueno, llamaría a las crueldades bien empleadas cuando se aplican de una sola vez para la absoluta necesidad de asegurarse, sin insistir en ellas, si no, por el contrario, tratar que las primeras crueldades se vuelvan todo lo beneficiosas posibles para los súbditos. Por el contrario, mal empleadas son aquellas maldades que,



aunque poco graves al principio, con el tiempo crecen mucho antes de poder extinguirse. Al igual que Agátocles, los hombres que observan el primero de estos procedimientos pueden poner algún remedio a su situación, con la ayuda de sus semejantes y de Dios, mientras que los otros están imposibilitados para conservar sus Estados.

Por lo explicado en este capítulo, se puede concluir que, al apoderarse de un estado, todo usurpador debe reflexionar sobre los crímenes que le es preciso cometer; ejecutarlos todos a la vez para que no tenga que renovarlos día a día y, al completar tal tarea, volcarse en conquistar a los hombres a fuerza de beneficios. De lo contrario, quien procede de otra manera, por timidez o por tomar mal consejo, se verá siempre obligado a estar con el cuchillo en la mano, ya que no podrá tomar por súbditos a quienes llenan de desconfianza sus ofensas continuas y todavía recientes. Las ofensas deben infligirse de una sola vez para que, al durar menos, las heridas se curen pronto mientras que, los beneficios deben proporcionarse poco a poco, a fin de que se saboreen mejor. Sin embargo, por sobre todas las cosas, un príncipe deberá vivir con sus súbditos de tal forma que ningún acontecimiento, favorable o adverso, haga variar el afecto. En esos momentos difíciles, no es posible remedir las necesidades que no se han previsto y que se presentan en los tiempos difíciles; el bien que tú hagas de nada sirve ni nadie te lo agradece, porque se considera hecho a la fuerza.





From J. Paul Getty Museum, Carlo Dolci, St. Matthew Writing His Gospel (1670), Oil on canvas, 6.7 cm diameter.

Capítulo IX

Del principado civil

Hablaremos ahora del segundo caso, aquel en el cual un ciudadano se convierte en príncipe, no por crímenes ni violencia, sino gracias al favor de sus compatriotas. Un Estado así constituido puede ser definido como principado civil.

El llegar a él no depende por completo de los méritos o de la suerte. Depende, más bien, de una cierta habilidad propiciada por la fortuna que necesita o bien de la fidelidad del pueblo o bien del apoyo de los nobles. La disyuntiva se da en toda ciudad, ya que estas dos fuerzas contrarias se encuentran en una constante lucha por mandar y oprimir a la otra, que no quiere ser mandada ni oprimida. En consecuencia, de este choque surge uno de estos tres efectos: o un principado, la libertad o la licencia.

Según la ocasión se presente a uno o a otros, el principado lo pueden implantar tanto el pueblo como los nobles. Los nobles, cuando comprueban que no pueden resistir al pueblo, concentran toda la autoridad en uno de ellos y lo hacen príncipe para poder, a su sombra, dar rienda suelta a sus apetitos. El pueblo, cuando a su vez comprueba que no puede hacer frente a los grandes, cede su autoridad a uno y lo hace príncipe para que lo defienda. Sin embargo, quien llega al principado con la ayuda de los nobles se mantiene con mayor dificultad que aquel erigido mediante el apoyo del pueblo. La razón es simple: aquellos que lo rodean se consideran sus iguales, por lo que se le hace difícil mandarlos y manejarlos como quisiera. Mientras que, quien llega por favor popular es única autoridad y no tiene en derredor a nadie, o casi nadie, que no esté dispuesto a obedecer. Por otra parte, no puede honradamente satisfacer



a los grandes sin lesionar a los demás; pero, en cambio, puede satisfacer al pueblo, porque la finalidad del pueblo es más honesta que la de los grandes, queriendo éstos oprimir y no ser oprimidos.

Agréguese a esto que un príncipe jamás podrá estar seguro cuando tenga por enemigo al pueblo, porque son muchos quienes forman el grupo. Por el contrario, como se trata de pocos, le será sencillo dominar a los nobles.

Lo peor que un príncipe puede esperar de un pueblo que no lo ame es ser abandonado por él. En cambio, si tiene por enemigos a los nobles, no sólo debe temer que lo abandonen, sino que se rebelen contra él pues, más astutos y clarividentes, siempre están a tiempo para ponerse en salvo, a la vez que no dejan nunca de congratularse con el que esperan resultará vencedor. Por último, es una necesidad para el príncipe vivir siempre con el mismo pueblo, pero no con los mismos nobles.

"no sólo se verá recompensado, sino que se felicitará de haber depositado en él su confianza."

Por lo tanto, puede crear nuevos o deshacerse de las familias que tenía, quitándoles o concediéndoles autoridad a capricho.

Para aclarar mejor el punto referido a los grandes, han de ser considerados en dos aspectos: o proceden de tal manera que se unen por completo a su suerte o cruzan caminos para evitarla. A esos que se unen y no son rapaces, se les debe honrar y amar; mientras que, a aquellos que no se unen, se les



tiene que considerar de dos maneras: si toman la decisión por pusilanimidad y defecto natural del ánimo, han de ser tratados como los del primer grupo, en especial aquellos que son de buen criterio, porque en la prosperidad te honrarán y en la adversidad no son de temer. Sin embargo, cuando no se unen sino por cálculo o por ambición, es señal de que piensan más en sí mismos que en el gobierno; de ellos se debe cuidar el príncipe, temerles como si se tratase de enemigos declarados, porque esperarán la adversidad para contribuir a su ruina.

El que llegue a príncipe mediante el favor del pueblo debe esforzarse en conservar su afecto, cosa fácil, pues el pueblo sólo pide no ser oprimido. A su vez, quien se convierta en príncipe por el favor de los nobles y contra el pueblo, procederá bien si se empeña ante todo en conquistarlo, objetivo que logrará al tomar al pueblo bajo su protección. Dado que los hombres se sienten más agradecidos cuando reciben bien de quien sólo se espera mal, se someterán más a su bienhechor que si este hubiese conducido al principado por su voluntad. El príncipe puede ganarse a su pueblo de muchas maneras que no mencionaré, porque es imposible dar reglas fijas sobre algo que varía tanto según las circunstancias. Insistiré tan sólo en que un príncipe necesita contar con la amistad del pueblo, pues, de lo contrario, no tiene remedio en la adversidad.

Nabis, príncipe de los espartanos, resistió el ataque de toda Grecia y de un ejército romano invicto. Le bastó, surgido el peligro, asegurarse de muy pocos para defender su Patria y su Estado contra aquéllos, que, si hubiese tenido por enemigo al pueblo, no le bastara. Aquí hago énfasis en que no se pretenda desmentir mi opinión con el gastado proverbio: “Quien confía en el pueblo, edifica sobre arena”; porque esta frase sólo es verdadera cuando se trata de un simple ciudadano quien confía en el pueblo, como si el pueblo tuviese el deber de liberarlo cuando los enemigos o las autoridades lo oprimen; quienes así lo interpretan se engañarían a menudo, como los Gracos en Roma y Jorge Scali, en Florencia.



Por tanto, cuando es un príncipe quien confía en pueblo, un príncipe valiente que sabe mandar, que no se acobarda en la adversidad, quien mantiene con su ánimo y sus medidas el valor de todo su pueblo, no sólo se verá recompensado, sino que se felicitará de haber depositado en él su confianza.

Por lo general, estos principados peligran cuando quieren pasar de principado civil a principado absoluto; pues estos príncipes gobiernan por sí mismos o por intermedio de magistrados. En el último caso, su permanencia es más insegura y peligrosa porque depende de la voluntad de los ciudadanos que ocupan los cargos de magistrados, los cuales, en especial durante épocas adversas, pueden arrebatarle muy fácilmente el poder, ya dejando de obedecerle, ya sublevando al pueblo contra ellos. El príncipe, rodeado de peligros, no tiene tiempo para asumir la autoridad absoluta, ya que los ciudadanos y los súbditos, acostumbrados a recibir órdenes nada más que de los magistrados, no están dispuestos a obedecer las suyas. Además, en los tiempos dudosos, no encontrará nunca gentes en quien poder confiar, puesto que tales príncipes no pueden tomar como ejemplo lo que sucede en tiempos normales, cuando los ciudadanos tienen necesidad del Estado y corren, prometen y quieren morir por él, porque la muerte está lejana; pero, en los tiempos adversos, cuando se tiene necesidad de los ciudadanos, hay pocos que quieren acudir auxilio. Sumándole al peligro de esta experiencia, es tanto más peligrosa ya que no puede intentarse sino una vez. Por ello, un príncipe hábil debe hallar una manera por la cual sus ciudadanos siempre, en toda ocasión tengan necesidad de él. De esa forma, le serán siempre fieles.





El paria (1496) de Sandro Boticcelli.
Témpera - 47 x 41 cm.

Capítulo X

Cómo deben medirse las fuerzas de todos los principados

Al examinar la naturaleza de estos principados, conviene hacer una consideración más, a saber: si un príncipe posee un Estado tal que pueda, en caso necesario, sostenerse por sí mismo o sí tiene, en tal caso, que recurrir a la ayuda de otros. Para aclarar mejor este punto, digo que considero capaces de poder sostenerse por sí mismos a los que, o por abundancia de hombres o de dinero, pueden levantar un ejército respetable y presentar batalla a quien quiera que se atreva a atacarlos; mientras que, considero tienen siempre necesidad de otros a los que no pueden presentar batalla al enemigo en campo abierto, sino que se ven obligados a refugiarse dentro de sus muros para defenderse.

Del primer caso ya se ha hablado, se agregará más adelante lo que se considere oportuno. Del segundo caso no se puede decir nada, salvo aconsejar a los príncipes que fortifiquen y abastezcan la ciudad en que residen, que se despreocupen de la campaña. Pese a las dificultades, difícilmente será asaltado quien tenga bien fortificada su ciudad y, con respecto a sus súbditos, se haya conducido de acuerdo a los buenos consejos. Por lo tanto, porque los hombres son enemigos de las empresas demasiado arriesgadas, no intentarán el asalto a alguien que tiene su ciudad bien fortificada y no es odiado por el pueblo.

Las ciudades de Alemania son libérrimas. Tienen poca campaña y obedecen al Emperador cuando les place, pues no le temen, así como tampoco temen a ninguno de los hombres poderosos que los rodean. La razón es simple: están tan bien fortificadas que no puede menos de pensarse que el asedio



sería arduo y prolongado. Tienen muros y fosos adecuados; tanta artillería como se necesita y se guarda en sus almacenes lo necesario para beber, comer y encender fuego durante un año. Aparte de lo cual, para poder mantener a los obreros sin que ello sea una carga para el erario público, disponen siempre de trabajo para un año en esas obras que son el nervio y la vida de la ciudad. Por último, tienen en alta estima los ejercicios militares que reglamentan con infinidad de ordenanzas.

Un príncipe, pues, que gobierne una plaza fuerte y a quien el pueblo no odie, no puede ser atacado; pero, si lo fuese, el atacante se vería obligado a retirarse sin gloria, porque son tan variables las cosas de este mundo que es imposible permanecer un año con sus ejércitos sitiando ociosamente una ciudad. A quien me pregunte si el pueblo tendrá paciencia, si el largo asedio y su propio interés no le harán olvidar al príncipe, contesto que un príncipe poderoso y valiente superará siempre estas dificultades. Ya sea dando esperanzas a sus súbditos de que el mal no durará mucho, ya infundiéndoles terror con la amenaza de las vejaciones del enemigo o ya asegurándose diestramente de aquellos ciudadanos demasiado osados. Además, es muy probable que el enemigo devaste y saquee la comarca a su llegada, cuando los ánimos están más caldeados y más dispuestos a la defensa; momento propicio para imponerse porque, cuando los ánimos se hayan enfriado, los daños estarán hechos, las desgracias se habrán sufrido y no quedará ya remedio alguno.

Los súbditos se unen por ello más estrechamente a su príncipe, como si el señor estuviera obligado a protegerlos ya que, por su defensa, fueron incendiadas sus casas y devastadas sus posesiones. Está en la naturaleza de los hombres obligarse unos a otros, tanto por los beneficios que hacen como por los que reciben. Por lo tanto, si se considera bien todo, no le será difícil a un príncipe sabio mantener firme el ánimo de sus ciudadanos durante el asedio, siempre y cuando no carezcan de víveres ni de medios para defenderse.





Sacristía Vieja de San Lorenzo por Filippo Brunelleschi (1421–1440).
Florencia, Italia.



Capítulo XI

De los principados eclesiásticos

Sólo nos resta discurrir sobre los principados eclesiásticos. Con respecto a ellos, todas las dificultades existen antes de poseerlos, pues se adquieren por el valor o por la suerte, pero se conservan sin el uno ni la otra. Se apoyan en antiguas instituciones religiosas que son tan potentes y de tal calidad, que mantienen a sus príncipes en el poder sea cual fuere el modo en que éstos procedan y vivan.

Estos son los únicos que tienen Estados y no los defienden; súbditos y no los gobiernan. A pesar de hallarse indefensos, no les son arrebatados, mientras que los súbditos, a pesar de carecer de gobierno, no se preocupan, ni piensan, ni podrían sustraerse a su soberanía. Son, por consiguiente, los únicos principados seguros y felices. Pero como están regidos por leyes superiores, inasequibles a la mente humana, como han sido inspirados por el Señor, sería oficio de hombre presuntuoso y temerario el pretender hablar de ellos.

Sin embargo, si alguien me preguntase el origen de tanto poder temporal para la Iglesia, tanto que ahora ha hecho temblar a un rey de Francia, aun pudo arrojarlo de Italia y ha arruinado a los venecianos, no consideraría inútil recordar las circunstancias, aunque sean bastante conocidas. Después de todo, antes de Alejandro, no sólo las potencias italianas, sino hasta los nobles y señores de menor importancia respetaban muy poco la fuerza temporal de la Iglesia.

Antes de que Carlos VIII, rey de Francia, entrase en Italia, esta se hallaba dividida en cinco territorios: los Estados Pontificios, Venecia, el Reino de Nápoles, el ducado de Milán y el ducado de



Florencia. Estas potencias debían tener dos cuidados principales: evitar que un ejército extranjero invadiese a Italia y procurar que ninguna de ellas preponderara. Los que despertaban más recelos eran los venecianos y el Papa. Para contener a aquéllos era necesaria una coalición de todas las demás potencias, como se hizo para la defensa de Ferrara. Para contener al Papa, bastaban los nobles romanos quienes, divididos en dos facciones: los Orsini y los Colonna, disputaban continuamente y acudían a las armas a la vista misma del Pontífice, por lo que la Santa Sede estaba siempre débil y vacilante.

Aunque alguna vez surgiese un Papa enérgico, como lo fue Sixto, ni la suerte ni la experiencia pudieron servirle jamás de manera decisiva, a causa de la brevedad de su vida, pues los diez años que, como término medio, vive un Papa bastaban apenas para debilitar una de las facciones.

> “Alcanzó sus objetivos con gran gloria, cuanta más al hacerlo para engrandecer a la Iglesia y no a ningún hombre.”

Por ejemplo, si un Papa había casi conseguido exterminar a los Colonna, resurgían bajo otro enemigo de los Orsini, a quienes tampoco había tiempo para hacer desaparecer por completo; así, las fuerzas temporales del Papa eran poco temidas en Italia. Vino por fin Alejandro VI y probó, como nunca lo había probado ningún Pontífice, de cuánto era capaz un Papa con fuerzas y dinero; pues, al tomar al duque Valentino



por instrumento y la llegada de los franceses como motivo, alcanzó todo lo que he contado al hablar sobre las actividades del duque. Aunque su propósito no fue engrandecer a la Iglesia, sino al duque, no es menos cierto señalar que su beneficio redundó también en la Iglesia, la cual, después de la muerte de Alejandro VI y de la del duque, heredó el fruto de sus guerras. Cuando advino el papa Julio II, su período inició con una Iglesia engrandecida y dueña de toda la Romaña; con los nobles romanos dispersos por las persecuciones de Alejandro VI y el camino abierto para procurarse dinero, situación inédita antes de Alejandro VI. Gracias a las favorables circunstancias, no sólo mantuvo las conquistas de su predecesor, sino que las acrecentó, después de proponerse la adquisición de Bolonia, la ruina de los venecianos y la expulsión de los franceses de Italia. Alcanzó sus objetivos con gran gloria, cuanta más al hacerlo para engrandecer a la Iglesia y no a ningún hombre.

En cuanto a las facciones Orsini y Colonna, las dejó en el mismo estado en el cual las encontró. Sin embargo, aunque ambos grupos tuvieron jefes capaces de rebelarse, se quedaron quietos por dos razones. Primero, por la grandeza de la Iglesia que los atemorizaba; segundo, por carecer de cardenales que perteneciesen a sus partidos, origen siempre de discordia entre ellos. Aunque estos conflictos se repetirán otra vez cuando tengan cardenales que los representen, pues éstos fomentan, dentro y fuera, de Roma la creación de partidos que los nobles de una y otra familia se ven obligados a apoyar. Por lo cual cabe decir que las distensiones y disputas entre los nobles son originadas por la ambición de los prelados. Ha hallado, pues, Su Santidad el papa León X, a una Iglesia potentísima. Se puede esperar que, así como aquéllos la hicieran grande por las armas, éste la hará aún más poderosa y venerable, por su bondad y sus mil otras virtudes.





Annibale Carracci. Autorretrato de perfil, 1600. Óleo sobre lienzo.
Galleria degli Uffizi, Florencia.

Capítulo XII

De las distintas clases de milicias y de los soldados mercenarios

Después de haber discurrido detalladamente sobre la naturaleza de los principados que me había propuesto tratar; de haber señalado en parte las causas de su prosperidad o ruina y los medios para adquirirlos y conservarlos, réstame ahora hablar de las formas de ataque y de defensa que pueden ser necesarias en cada uno de los estados referidos.

Ya he explicado antes cómo es preciso que un príncipe eche los cimientos de su poder porque, de lo contrario, fracasaría inevitablemente. Para dejar claro, estos cimientos indispensables a todos los estados nuevos, antiguos o mixtos, son las buenas leyes y las buenas tropas; como aquéllas nada pueden donde faltan éstas y como allí donde hay buenas tropas por fuerza ha de haber buenas leyes, pasaré por alto las leyes y hablaré de las tropas.

Digo, pues, que las tropas con que las cuales un príncipe defiende sus estados son de vario tipos: propios, mercenarios, auxiliares o mixtos.

Las tropas mercenarias y auxiliares son inútiles y peligrosas. El príncipe cuyo gobierno descanse en soldados mercenarios no estará nunca seguro ni tranquilo. Este tipo de tropas están desunidas; son ambiciosas, desleales, valientes entre los amigos, pero cobardes cuando se encuentran frente a los enemigos; no tienen disciplina; no temen a Dios ni poseen buena fe con los hombres. No se difiere la ruina, sino mientras se difiere la ruptura y ya, pues no tienen otro amor ni otro motivo que los lleve a la batalla que la paga del príncipe, durante la paz lo despojan tanto como a los enemigos durante la guerra. Sin embargo, esta tampoco es suficiente para que deseen morir por él. Quieren ser



sus soldados mientras el príncipe no hace la guerra, pero, en cuanto la guerra sobreviene, huyen o piden la baja.

Poco me costaría probar mi afirmación, pues la ruina actual de Italia no ha sido causada sino por la confianza depositada durante muchos años en las tropas mercenarias; las cuales al principio, gracias a ciertos jefes, lograron algunos progresos que les dieron fama de bravas; pero que, en cuanto aparecieron a la vista ejércitos extranjeros, demostraron sus verdaderos colores y alianzas. De tal suerte que Carlos VIII, rey de Francia, se apoderó de Italia con un trozo de tiza. Aquellos que afirman que la culpa la tenían nuestros pecados decían la verdad, aunque no se trataba de los pecados imaginados, sino de los expuestos. Y como estos pecados los cometieron los príncipes, sobre ellos recayó el castigo.

Quiero dejar mejor demostrada la ineficiencia de estos ejércitos. Los capitanes mercenarios o son hombres de mérito o no lo son. No se puede confiar en su virtud, son porque aspirarán siempre a forjar su propia grandeza, ya tratando de someter al príncipe, su señor, ya tratando de oprimir a otros al margen de los designios del príncipe. Por supuesto, mucho menos hay que confiar en ellos si no lo son, pues, con toda seguridad, llevarán al príncipe a la ruina. A quien objetara que esto podría hacerlo cualquiera, mercenario o no, replicaría con lo siguiente: que un principado o una república deben tener sus milicias propias; que, en un principado, el príncipe debe dirigir a las milicias en persona y hacer el oficio de Capitán. En las repúblicas, debe dirigir un ciudadano. Si el ciudadano nombrado no es apto, se lo debe cambiar mientras que, si es capaz para el puesto, sujetarlo por medio de leyes. La experiencia enseña que sólo los príncipes y las repúblicas armadas pueden hacer grandes progresos, al tiempo que las armas mercenarias sólo acarrean daños. Es más difícil que un ciudadano someta a una república protegida por armas propias que a una república protegida con armas extranjeras.

Roma y Esparta se conservaron libres durante muchos siglos porque estaban armadas. Los suizos son muy libres porque



disponen de armas propias. Del uso de armas mercenarias son un ejemplo los cartagineses, después de la primera guerra con los romanos. Estuvieron a punto de ser sometidos por sus tropas mercenarias, a pesar de que los cartagineses tenían por jefes a sus mismos conciudadanos. Filipo de Macedonia, nombrado capitán de los tebanos a la muerte de Epaminondas, les quitó la libertad después de alcanzar la victoria. Constituidos los milaneses en república, muerto el duque Felipe Visconti, tomaron a sueldo a Francisco Sforza para combatir a los venecianos; al vencer Sforza en Caravaggio, se alió después con los venecianos para sojuzgar a los milaneses, sus amos.

> "Italia fue recorrida libremente por Carlos VIII, saqueada por Luis XII, violada por Fernando el Católico e insultada por los suizos"

El padre de Francisco Sforza, estando al servicio de la reina Juana de Nápoles, la abandonó inesperadamente y ella, al quedar sin tropas que la defendiesen, para no perder el reino se vio obligada a entregarse en manos del rey de Aragón. Si los florentinos y los venecianos extendieron sus dominios gracias a esas milicias, si sus capitanes los defendieron en vez de someterlos, se debe exclusivamente a la suerte. De aquellos capitales a los que podían temer, unos no vencieron nunca, otros encontraron oposición y, los últimos, orientaron sus ambiciones hacia otra parte. Entre los primeros se contó

Juan Aucut, cuya fidelidad mal podía conocerse cuando nunca obtuvo una victoria., pero nadie dejará de reconocer que, si hubiese triunfado, quedaban los florentinos librados a su discreción. Jacobo Sforza tuvo siempre por adversario a los Bracceschi, vigilándose mutuamente durante largo tiempos hasta que, por fin, Braccio se acercó a la Iglesia y al reino de Nápoles. Esto permitió a Francisco Sforza volver sus miras hacia la Lombardía.

Pero atendamos a acontecimientos más cercanos a nosotros. Los florentinos nombraron capitán de sus milicias a Pablo Vitelli, varón muy prudente y de condición modesta que había llegado a adquirir gran fama. De haber tomado Pisa, los florentinos se hubiesen visto obligados a sostenerlo porque, de pasarse al lado enemigo, estaban perdidos mientras que, si hubieran querido que se quedara, habrían debido obedecerle. Al considerarse los procedimientos de los venecianos, se verá que obraron con seguridad y gloria mientras utilizaron a sus propios soldados para la guerra, antes que tentaran la suerte en tierra firme, donde contaban con nobles y plebeyos para defender lo suyo. Bastó que empezaran a combatir en tierra firme para que dejaran aquella virtud y adoptaran las costumbres del resto de Italia. Al principio de sus empresas por tierra firme, nada tenían que temer de sus capitanes, tanto como por lo reducido del estado como por la gran reputación de la que gozaban. Sin embargo, notaron el error en el que habían caído cuando, bajo Carmañola, el territorio se fue ensanchando. Al ver que aquel hombre, cuya capacidad conocían después de haber derrotado al duque de Milán, hacía la guerra con tanta tibieza, comprendieron que ya nada podía esperarse de él. Nada quería ya, no podían licenciarlo, pues perdían lo que habían conquistado por lo que, para vivir seguros, no les quedaba otro recurso que matarlo. Tuvieron luego por capitanes a Bartolomé de Bérgamo, a Roberto de San Severino, al conde de Pitigliano y a otros de quienes no tenían que temer las victorias, sino las derrotas como les sucedió luego en Vaili, donde, en un día, perdieron lo que con tanto esfuerzo habían



conquistado en ochocientos años. Estas milicias traen lentas, tardías y mezquinas adquisiciones o súbitas y fabulosas pérdidas.

Ya que estos ejemplos me han conducido a referirme a Italia, estudiemos la historia de las tropas mercenarias que, durante tantos años, la gobernaron. Remontémonos a los tiempos más antiguos para que, vistos su origen y sus progresos, puedan corregirse mejor los errores.

Es de saber que en épocas contemporáneas, cuando el Emperador empezó a ser expulsado de Italia y el poder temporal del Papa comenzó a acrecentarse, Italia se dividió en gran número de Estados. Muchas de las grandes ciudades tomaron las armas contra sus señores, quienes, favorecidos antes por el Emperador, las tenían avasalladas. El Papa ayudó en cuanto pudo a esas rebeliones para beneficiarse; de allí, Italia pasó casi por entero a las manos de la Iglesia y de varias repúblicas, pues algunas de las ciudades habían nombrado príncipes a sus ciudadanos. Sin embargo, como estos sacerdotes y estos ciudadanos no conocían el arte de la guerra, empezaron a tomar extranjeros a sueldo. El primero que dio reputación a estas milicias fue Alberico de Como de la Romaña, a cuya escuela pertenecen, entre otros, Braccio y Sforza, fueron árbitros de Italia. Tras ellos vinieron todos quienes, hasta nuestros tiempos, han dirigido esas tropas. El resultado de su virtud lo hallamos en esto: Italia fue recorrida libremente por Carlos VIII, saqueada por Luis XII, violada por Fernando el Católico e insultada por los suizos. El método que estos capitanes siguieron para adquirir reputación fue quitarle importancia a la infantería, en primer lugar. La decisión nace porque, no poseyendo tierras y teniendo que vivir de su industria, con pocos infantes no podían imponerse y les era imposible alimentar demasiados, mientras que, con un número reducido de jinetes, se veían honrados sin que fuese un problema su sustentación.

Las cosas habían llegado a tal extremo que, en un ejército de veinte mil hombres, no había dos mil infantes. Por otra parte, se habían ingeniado sino tomar prisioneros, sin degollarlos, para ahorrar a sus soldados la fatiga y el miedo con la consigna



de no matar en las refriegas. No asaltaban de noche las ciudades, ni los campesinos atacaban las tiendas; no levantaban empalizadas ni abrían fosos alrededor del campamento, ni vivían en él durante el invierno. Todas estas cosas, permitidas por sus códigos militares, las inventaron ellos, como he dicho, para evitarse fatigas y peligros. Por consiguiente, con esas reglas condujeron a Italia a la esclavitud y a la deshonra.







Retrato de Perfil de una Joven Mujer por Piero del Pollaiuolo.
Gemäldegalerie, Berlín.

Capítulo XIII

De los soldados auxiliares, mixtos y mercenarios

Las tropas auxiliares, otras de las tropas inútiles de que he hablado, son aquellas que se piden a un príncipe poderoso para que nos socorra y defienda, tal como hizo en estos últimos tiempos el papa Julio II cuando, a raíz del pobre papel que le tocó representar con sus tropas mercenarias en la empresa de Ferrara, tuvo que acudir a las auxiliares y convenir con Fernando el Católico, rey de España, que este fuera en su ayuda con sus ejércitos. Estas tropas pueden ser útiles y buenas para sus amos, pero, para quien las llama, son casi siempre funestas; pues, si pierden, queda derrotado y si ganan, se convierte en su prisionero. Aunque las historias antiguas están llenas de estos ejemplos quiero, sin embargo, detenerme en el caso reciente de Julio II, quien no pudo haber cometido imprudencia mayor que el entregarse por completo en manos de un extranjero. Pero su buena estrella hizo surgir una tercera causa que, de lo contrario, hubiera pagado las consecuencias de su mala elección, porque derrotados sus auxiliares en Ravena, aparecieron los suizos, quienes, contra la opinión de todo el mundo, pusieron en fuga a los vencedores, de modo que no quedó prisionero de los enemigos ni de los auxiliares, ya que había triunfado con otras tropas. Los florentinos, que carecían de ejércitos propios, trajeron diez mil franceses para conquistar a Pisa; esta resolución les hizo correr más peligro de los que corrieran nunca en ninguna época. El emperador de Constantinopla, para ayudar a sus vecinos, puso en Grecia diez mil turcos, los cuales, una vez concluida la guerra, se negaron a volver a su Patria. De donde allí, empezó la servidumbre de Grecia bajo el yugo de los infieles.



Únicamente quien no tenga deseos de vencer hará uso de esas tropas, muchísimo más peligrosas que las mercenarias, porque están perfectamente unidas y obedecen élegamente a sus jefes, por lo cual la ruina es inmediata; mientras que las mercenarias, para someter al príncipe una vez han triunfado, necesitan esperar el tiempo y la ocasión, pues no constituyen un cuerpo unido y, por añadidura, están a sueldo del príncipe. En ellas, un tercero a quien el príncipe haya hecho jefe no puede cobrar en seguida tanta autoridad como para perjudicarlo. En suma, en las tropas mercenarias hay que temer sobre todo las derrotas; en las auxiliares, los triunfos.

Por ello, todo príncipe prudente ha desechado estas tropas y se ha refugiado en las propias. Ha preferido perder con sus tropas a vencer con las de otros, ya que no victoria verdadera la que se obtiene con armas ajenas. No me cansaré nunca de elogiar a César Borgia y su conducta. Empezó el duque por invadir la Romaña con tropas auxiliares, todos soldados franceses, con ellas tomó a Imola y Forli. Pero, no pareciéndoles seguras, se volvió a las mercenarias, según él menos peligrosas y tomó a sueldo a los Orsini y a los Vitelli. Por último, al notar que también éstas eran inseguras, infieles y peligrosas, las disolvió y recurrió a las propias. De la diferencia que hay entre esas distintas milicias se puede formar una idea, al comparar la autoridad que tenía el duque cuando sólo contaba con los franceses, cuando se apoyaba en los Orsini y Vitelli, a la que tuvo cuando se quedó con sus soldados y descansó en sí mismo. Era, sin duda alguna, mucho mayor el respeto cuando se vio que era el único amo de sus tropas.

Me había propuesto no salir de los ejemplos italianos y recientes; pero no quiero olvidarme de Hierón de Siracusa, ya citado en capítulos anteriores. Convertido, como expliqué, en jefe de los ejércitos de Siracusa, advirtió en seguida de la inutilidad de las milicias mercenarias, cuyos jefes tenían los mismos defectos que nuestros italianos. Por lo que, como no creía conveniente conservarlas ni licenciarlas, eliminó a



sus jefes e hizo la guerra con sus tropas y no con las ajenas. Quiero también recordar un episodio del Viejo Testamento, muy al caso de la explicación. Ofreciéndose David a Saúl para combatir a Goliat, provocador filisteo, Saúl, para darle valor, lo armó con sus armas, pero una vez que se vio cargado con éstas, David las rechazó, afirmando no poder sacar partido de sí mismo con su uso y que prefería ir al encuentro del enemigo con su honda y su cuchillo.

En fin, sucede siempre con las armas ajenas que o se caen de los hombros del príncipe, le pesan o le oprimen. Carlos VII, padre del rey Luis XI, una vez liberó a Francia de los ingleses con su fortuna y su valor, conoció la necesidad de armarse con sus propias armas y ordenó en su reino la creación de milicias de caballería e infantería. Después, el rey Luis, su hijo, disolvió las milicias de infantería y empezó a tomar a sueldo a suizos, error que, renovado por otros, es, como ahora se ve, el motivo de los males de aquel reino porque, al acreditar a los suizos, desacreditó todas sus armas, ya que hizo desaparecer la infantería y depender la caballería de las tropas ajenas. Acostumbrada la tropa ir a la guerra en compañía de los suizos, no cree poder vencer sin ellos. Lo cual explica que los franceses no puedan contra los suizos, ahora en el 1513 y que, sin los suizos, no se atrevan a enfrentar a otros.

Los ejércitos de Francia son, pues, mixtos, dado que se componen de tropas mercenarias y propias. En su conjunto, son mucho mejores que las milicias exclusivamente mercenarias o exclusivamente auxiliares, pero muy inferiores a las propias. Bastará el ejemplo citado para hacer comprender que el reino de Francia sería hoy invencible si se hubiese respetado la disposición de Carlos; pero la escasa perspicacia de los hombres hace que comiencen algo que parece bueno por el hecho de que no manifiesta el veneno que esconde debajo, como he dicho que sucede con la tisis. Por lo tanto, en un principado, quien no descubre los males sino una vez nacidos, no es verdaderamente sabio, una virtud más bien poseída por pocos. Si se examinan



las causas de la decadencia del Imperio Romano, se advierte que la principal estribó en empezar a tomar a sueldo a los godos, pues, desde entonces, las fuerzas del Imperio fueron debilitándose al ir a otros toda la virtud que ellas perdían.

Concluyo, pues, que sin milicias propias no hay principado seguro. Más aún, está por completo en manos del azar, al carecer de medios de defensa contra la adversidad. Fue siempre opinión y creencia de los hombres prudentes: *Nada es tan débil e inestable como la aureola de poder que no se sustenta en la propia fuerza*[6]. Las milicias propias son aquellas compuestas por súbditos, por ciudadanos o por servidores del príncipe. No será difícil rodearse de buenas milicias si se siguen los ejemplos de los cuatro líderes a quienes he citado, si se examina la forma en la que Filipo, padre de Alejandro Magno, y muchas repúblicas y príncipes organizaron sus tropas. Conducta a la cual me remito por entero.

6. *quod nihil sit tam infirmum aut instabile, quam: fama potentiae non sua vi nixa*





El retrato alegórico de Dante Alighieri (1530) de Bronzino. Óleo sobre lienzo (óleo sobre lienzo, 130 x 136 cm). Galería de los Uffizi en Florencia, Italia.

Capítulo XIV

De los deberes del príncipe en lo concerniente al arte de la guerra

Un príncipe no debe tener otro objeto ni pensamiento ni preocuparse de cosa alguna fuera del arte de la guerra, además de lo que a su orden y disciplina corresponde, pues, es lo único que compete a quien manda. Su virtud es tanta que no sólo conserva en su puesto a los que han nacido príncipes, sino que, muchas veces, eleva a esta dignidad a hombres de condición modesta mientras que, por el contrario, ha hecho perder el estado a príncipes que han pensado más en las diversiones que en las armas. Pues, la razón principal de la pérdida de un Estado se halla siempre en el olvido del arte de la guerra, en tanto que la condición primera para adquirirlo es la de ser experto.

Francisco Sforza, por medio de las armas, llegó a ser duque de Milán de simple ciudadano que era. Sus hijos, por escapar a las incomodidades de las armas, de duques pasaron a ser simples ciudadanos. Aparte de otros males que trae, el estar desarmado es despreciable, vergüenza que debe evitarse por lo que luego explicaré. Ya que, entre uno armado y otro desarmado no hay comparación posible, mientras que no es razonable que alguien armado obedezca de buen grado a quien no lo está. El príncipe desarmado nunca ha de sentirse seguro entre servidores armados porque, desdeñoso uno y desconfiado el otro, no es posible que marchen de común acuerdo. Por todo ello, un príncipe que, aparte de otras desgracias, no entienda de cosas militares, no puede ser estimado por sus soldados ni puede confiar en ellos.

En consecuencia, un príncipe jamás debe dejar de ocuparse del arte militar. Durante los tiempos de paz debe ejercitarse más que en los de guerra de dos modos: con la acción y con el



estudio. En lo que atañe a la acción, debe, además de ejercitar y tener bien organizadas sus tropas, dedicarse constantemente a la caza con el doble objeto de acostumbrar el cuerpo a las fatigas y de conocer la naturaleza de los terrenos, la altitud de las montañas, la entrada de les valles, la situación de las llanuras, el curso de los ríos y la extensión de los pantanos. En esto último pondrá muchísima seriedad, pues tal estudio presta dos utilidades: primero, se aprende a conocer la región donde se vive y a defenderla mejor. Segundo, en virtud del conocimiento práctico de una comarca, se hace más fácil el conocimiento de otras donde sea necesario actuar porque las colinas, los valles, las llanuras, los ríos y los pantanos que hay, por ejemplo, en Toscana, tienen cierta similitud con los de las otras provincias; de manera que el conocimiento de los terrenos de una provincia sirve para el de las otras. El príncipe que carezca de esta pericia carece de la primera cualidad que

> “la razón principal de la pérdida de un Estado se halla siempre en el olvido del arte de la guerra”

distingue a un Capitán, pues tal condición es la que enseña a dar con el enemigo, a tomar los alojamientos, a conducir los ejércitos, a preparar un plan de batalla y a atacar con ventaja.

Filopémenes, príncipe de los aqueos, tenía, entre otros méritos que los historiadores le concedieron, el de que, en los tiempos de paz, no pensaba sino en las cosas que incumben a la guerra. Por ejemplo, cuando iba de paseo por la campaña, a



menudo se detenía y discurría así con los amigos: *si el enemigo estuviese en aquella colina y nosotros nos encontráremos aquí con nuestro ejército, ¿de quién sería la ventaja? ¿Cómo podríamos ir a su encuentro, conservando el orden? Si quisiéramos retirarnos, ¿cómo deberíamos proceder? ¿Y cómo los perseguiríamos, si los que se retirasen fueran ellos?* Y les proponía, mientras caminaban, todos los casos que pueden presentársele a un ejército. Escuchaba sus opiniones, emitía la suya y la justificaba. Gracias a este continuo razonar, mientras guio sus ejércitos nunca pudo surgir accidente alguno sin remedio para él.

En cuanto al ejercicio de la mente, el príncipe debe estudiar la historia, examinar las acciones de los hombres ilustres, ver cómo se han conducido en la guerra, analizar el por qué de sus victorias y de sus derrotas para evitar unas y lograr otras; en especial, tomando a los otros por modelos, tener siempre presente los hechos más celebrados, de igual forma que Alejandro Magno hacía con Aquiles; César con Alejandro; Escipión con Ciro. Quien lea la vida de Ciro, escrita por Jenofonte, reconocerá en la vida de Escipión la gloria que le reportó el imitarlo, y cómo, en lo que se refiere a castidad, afabilidad, clemencia y liberalidad, Escipión se ciñó por completo a lo que Jenofonte escribió de Ciro. Esta es la conducta que debe observar un príncipe prudente: no permanecer inactivo nunca en los tiempos de paz, sino, por el contrario, hacer acopio de enseñanzas para valerse de ellas en la adversidad, a fin de que, si la fortuna cambia, lo halle preparado para resistirle.



Genio de la Victoria. Escultura de Miguel Ángel.
(1532–1534). Palazzo Vecchio.

Capítulo XV

De aquellas cosas por las cuales los hombres, especialmente los príncipes, son alabados o censurados

Queda ahora por analizar cómo debe comportarse un príncipe en el trato con súbditos y con amigos. Debido a que sé que muchos han escrito sobre el tema, me pregunto, al escribir ahora yo, si no seré tachado de presuntuoso, sobre todo al comprobar que, en esta materia, me aparto de sus opiniones. Sin embargo, siendo mi propósito escribir cosa útil para ser entendido, me ha parecido más conveniente ir tras la verdad efectiva del tema que tras su apariencia. De ello, aquel que deja lo que se hace por lo que debería hacerse marcha a su ruina en vez de beneficiarse, porque muchos se han imaginado como existentes a repúblicas y principados que nunca han sido vistos ni conocidos.

Hay tanta diferencia entre cómo se vive y cómo se debería vivir que, es inevitable que no se pierda aquel hombre deseoso de hacer la profesión de bueno, entre tantos que no lo son. Por lo cual, es necesario que todo príncipe que quiera mantenerse aprenda a no ser bueno en determinadas circunstancias, a practicar la bondad o no de acuerdo a la necesidad.

Dejando a un lado las fantasías, preocupándonos sólo de las realidades digo que, cuando se habla de los hombres, en particular de los príncipes por ocupar posiciones más elevadas, son juzgados por algunas de estas cualidades que les valen censura o elogio. Uno es llamado pródigo, otro tacaño (y empleo un término toscano, porque avaro, en nuestra lengua, es también el que tiende a enriquecerse por medio de la rapiña, mientras que llamamos tacaño al que se abstiene demasiado de gastar lo suyo). Uno es considerado dadivoso, otro rapaz;



uno cruel, otro clemente; uno traidor, otro leal; uno afeminado y pusilánime, otro decidido, animoso; uno humano, otro soberbio; uno lascivo, otro casto; uno sincero, otro astuto; uno duro, otro débil; uno grave, otro frívolo; uno religioso, otro incrédulo y así sucesivamente.

Sé que no habrá alguien de contraria opinión a si sería cosa muy loable que, de entre todas las cualidades nombradas, un príncipe poseyese las que son consideradas buenas pero, como no es posible poseerlas todas ni observarlas siempre, le es preciso ser tan cuerdo como para evitar la vergüenza de aquellas que le significarían la pérdida del estado. Sin embargo, si no puede prescindir de ellas, no debe preocuparse gran cosa. En especial, si consideramos esto con frialdad, aún menos de incurrir en la infamia de vicios sin los cuales difícilmente podría salvar el estado, hallaremos que, a veces, lo que parece virtud es causa de ruina, mientras que el vicio sólo acaba por traer el bienestar y la seguridad.







Domo de Santa María del Fiore (1420-36).
Filippo Brunelleschi. Florencia, Italia.


HOMO

Capítulo XVI

De la prodigalidad y de la avaricia

Al empezar por las primeras de las cualidades nombradas, digo que estaría bien ser tenido por pródigo. Sin embargo, la prodigalidad practicada de manera que se conozca la generosidad, es perjudicial al gobernante. A su vez, si se la practica virtuosamente y tal como se la debe ejercer, la prodigalidad pasará a considerarse el vicio contrario a ella. Por supuesto, aquel deseoso de conseguir fama de pródigo entre los hombres no puede pasar por alto ninguna clase de lujos; por lo que, sucederá siempre que un príncipe así acostumbrado a proceder consumirá en tales obras todas sus riquezas y se verá obligado, a la postre, si desea conservar su reputación, a imponer excesivos tributos, a ser riguroso en el cobro y a hacer todas las acciones a las que hay que llegar para procurarse dinero. Ello, en consecuencia, empezará a tornarle odioso a los ojos de sus súbditos y nadie lo estimará, ya que se habrá vuelto pobre. Se resentirá al primer inconveniente y peligrará al menor riesgo, ya que, su prodigalidad ha perjudicado a muchos y ha beneficiado a pocos. Sin embargo, si advierte su falla y desea cambiar de conducta, será tachado de tacaño.

Debido a que un príncipe no puede practicar públicamente esta virtud sin que se perjudique, convendrá, si es sensato, que no se preocupe si es tildado de tacaño. Con el tiempo, al ver que bastan los ingresos propios para defenderse de quien le hace la guerra y acometer nuevas empresas sin gravar al pueblo, será tenido siempre por más pródigo, pues practica la generosidad con todos aquellos a quienes no quita, de gran número, y guarda la avaricia con todos aquellos a quienes no da, más bien pocos.



En nuestros tiempos, sólo hemos visto hacer grandes cosas a los hombres considerados tacaños. Los demás siempre han fracasado. El papa Julio II, después de servirse del nombre de “pródigo” para llegar al Pontificado, no se cuidó de conservar semejante fama, a fin de poder hacer la guerra. Especialmente, contra el actual rey de Francia.

Ha sostenido tantas guerras porque, con su extremada economía, proveyó a los superfluos sin imponer tributos extraordinarios a sus súbditos. El actual rey España no habría realizado ni vencido en tantas empresas si hubiera sido liberal.

En consecuencia, un príncipe debe reparar poco en el gasto, con tal ello le permita defenderse; no robar a los súbditos; no volverse pobre y despreciable; no mostrarse expoliador, porque éste es uno de los vicios que hacen posible reinar. Y si alguien dijese: Gracias a su prodigalidad, César llegó al Imperio, y muchos otros, por haber sido y haberse ganado fama de

> “Es imposible hallar otra clase de consejeros porque los hombres se comportarán siempre mal, mientras la necesidad no los obligue a lo contrario”

pródigos, escalaron altísimas posiciones, yo contestaría: O ya eres príncipe o estás en camino de serlo; en el primer caso, la liberalidad es perniciosa; en el segundo, necesaria.



César era uno de los tantos deseosos de llegar al principado de Roma; pero, si después de lograrlo hubiese sobrevivido y no se hubiera moderado en los gastos, habría llevado el Imperio a la ruina. Si alguien replicase: Ha habido muchos príncipes, reputados por liberalísimos, que hicieron grandes cosas con las armas. Diría yo: O el príncipe gasta lo suyo y lo de los súbditos, o gasta lo ajeno. En el primer caso debe ser medido, en el otro, no debe cuidarse del despilfarro. Porque el príncipe que va con sus ejércitos, que vive del botín, de los saqueos y de las contribuciones, necesita de esa esplendidez a costa de los enemigos, ya que, de otra manera, los soldados no le seguirían. Con aquello que no es del príncipe ni de sus súbditos se puede ser extremadamente generoso, como lo fueron Ciro, César y Alejandro, porque el derrochar lo ajeno antes concede que quita reputación. Sólo el gastar lo propio perjudica. No hay cosa que se consuma tanto a sí misma como la prodigalidad, pues, cuanto más se la practica más se pierde la facultad de practicarla. Se vuelve el príncipe pobre y despreciable o, si quiere escapar de la pobreza, usurero y odioso. Y si hay algo que deba evitarse, es el ser despreciado y odioso, ambas consecuencias de una prodigalidad descontrolada. En conclusión, es de mayor prudencia contentarse con la tilde de tacaño que implica una vergüenza sin odio que, por ganar fama de pródigo, caer en la tilde de expoliador, cuya infamia viene acompañada por el odio público.





Tumba de Giuliano di Lorenzo de Medici (1524 – 1534) por Miguelangel.
Florencia, Italia.

Capítulo XVII

De la crueldad y la clemencia. Si es mejor ser temido que amado

Paso a las otras cualidades ya cimentadas, al tiempo de declarar que todos los príncipes deben desear ser tenidos por clementes y no por crueles. Sin embargo, deben cuidarse de emplear mal esta clemencia. César Borgia era considerado cruel, pese que sus acciones fueron las que impulsaron el orden en la Romaña al lograr su unión, regresarla a la paz y a la fe. Al examinarse el caso con detalle, se verá que Borgia fue mucho más clemente que el pueblo florentino, el cual, para evitar ser tachado de cruel, dejó destruir a Pistoya[8]. Por lo tanto, un príncipe no debe preocuparse ser acusado de cruel, siempre y cuando su ferocidad tenga por objeto el mantener unidos y fieles a los súbdito. Con pocos castigos ejemplares será considerado más clemente que aquellos quienes, por excesiva clemencia, dejan multiplicar los desórdenes, causas de matanzas y saqueos en detrimento de toda una población. Por el contrario, las medidas extremas adoptadas por el príncipe van en contra de uno. Sobre todo, un príncipe nuevo no debe evitar los actos de crueldad, debido a que toda nueva dominación trae consigo infinidad de peligros. Así se explica que Virgilio ponga en boca de Dido: *res dura et regni novitas me talia cogunt Moliri, et late fines custode tueri*[9].

Sin embargo, debe ser cauto en el creer y el obrar, no tener miedo de sí mismo, proceder con moderación, prudencia y humanidad. De modo que una excesiva confianza no lo vuelva imprudente y una desconfianza exagerada, intolerable.

---

8. Localidad en la provincia de Pistoia, región de Toscana, en Italia.
9. El duro estado y la novedad del reino, a estos modos me fuerzan y, recelando de todos, cuidan las cosas.



Surge de esto una cuestión importante: ¿vale más ser amado que temido, o temido que amado?

Nada mejor que ser ambas cosas a la vez; pero, puesto que es difícil reunirlas y siempre ha de fallar una, declaro que es más seguro ser temido que amado. Simple es explicarlo, debido a que de la generalidad de los hombres se puede decir esto: son ingratos, volubles, simuladores, cobardes ante el peligro y ávidos de lucro. Mientras les haces bien, son completamente tuyos: te ofrecen su sangre, sus bienes, su vida y sus hijos, pues, como expliqué antes, ninguna necesidad tienes de ello; pero cuando la necesidad se presenta se rebelan. El príncipe que ha descansado por entero en su palabra va a la ruina al no haber tomado otras precauciones; porque las amistades que se adquieren con el dinero, no con la altura y la nobleza de alma, son relaciones merecidas pero de las cuales no se dispone y, llegada la oportunidad, no se las puede utilizar. Es preciso señalar que los hombres tienen menos cuidado en ofender a los que aman que aquellos a quienes temen, ya que el amor es un vínculo de gratitud que los hombres, perversos por naturaleza, rompen cada vez que pueden beneficiarse; mientras que el temor nace del miedo al castigo, sentimiento nunca perdido. No obstante lo anterior, el príncipe debe hacerse temer de manera que, si no se granjea el amor, evite el odio. No es imposible ser a la vez temido y no odiado. Para ello bastará que no proceda contra la vida de alguien sino cuando hay justificación conveniente y motivo manifiesto; que se abstenga de apoderarse de los bienes, de las mujeres de sus ciudadanos y súbditos; pero, sobre todo, abstenerse de los bienes ajenos, porque los hombres olvidan antes la muerte del padre que la pérdida del patrimonio.

Nunca faltan excusas para despojar a los demás de sus bienes y quien empieza a vivir de la rapiña siempre encuentra pretextos para apoderarse de lo ajeno. Por el contrario, para quitar la vida, son más raros los momentos y desaparecen con mayor rapidez.



Pero, cuando el príncipe está al frente de sus ejércitos y tiene que gobernar a miles de soldados, es absolutamente necesario que no se preocupe si merece el mote de cruel, porque sin esta fama jamás podrá tenerse ejército alguno unido y dispuesto a la lucha.

Entre las infinitas cosas admirables de Aníbal se cita la de que, aunque contaba con un ejército grandísimo formado por hombres de todas las razas a los que llevó a combatir en tierras extranjeras, jamás surgió discordia alguna entre ellos ni contra el príncipe, tanto en la mala como en la buena fortuna. Por supuesto, esto no podía deberse sino a su crueldad inhumana que, unida a sus muchas otras virtudes, lo hacía venerable y terrible en el concepto de los soldados. Sin aquélla, todas las demás no le habrían bastado para ganarse este respeto. Los historiadores poco reflexivos admiran, por una parte, semejante orden y, por la otra, censuran su razón principal.

Para comprobar si en verdad o no que las demás virtudes le habrían bastado, puede verse en Escipión, hombre de condiciones poco comunes no sólo dentro de su boca, sino dentro de toda la historia de la humanidad, cuyos ejércitos se rebelaron en España. Ello se produjo por culpa de su excesiva clemencia, ya que había dado a sus soldados más licencia lo que convencía según la disciplina militar. Semejante falta fue reprochada por Fabio Máximo en el Senado, llamándolo corruptor de la milicia romana. Los locrios, habiendo sido ultrajados por un enviado de Escipión, no fueron desagraviados por éste ni la insolencia del lugarteniente fue castigado. Todo ello nacía de su carácter flexible y blando, a tal extremo, al justificarse ante el Senado, dijo que pertenecía a la clase de hombres que saben mejor no equivocarse que enmendar las equivocaciones ajenas. De haber llegado Escipión al mando absoluto, este carácter habría acabado por empañar su fama y su honor con el tiempo pero, como estaba bajo las órdenes del Senado, no sólo quedó escondida esta mala cualidad suya, sino que se convirtió en su gloria.

Volviendo a la cuestión de ser amado o temido, concluyo que, como el amar depende de la voluntad de los hombres y el



temer de la voluntad del príncipe, un príncipe prudente debe apoyarse en lo suyo y no en lo ajeno. Sin embargo, como he dicho ya, tratar siempre de evitar el odio es primordial.





Coronación de la Virgen de Fra Filippo Lippi (1439–1447).
Pintura al temple. Galería Uffizi, Florencia.


PERFECIT OPUS
IS

Capítulo XVIII

De qué modo los príncipes deben cumplir sus promesas

Nadie deja de comprender cuán digno de alabanza es el príncipe que cumple la palabra dada, que obra con rectitud y no con doblez, pero la experiencia nos demuestra, por lo que sucede en nuestros tiempos, que son precisamente los príncipes que han hecho menos caso de la fe jurada, envuelto a los demás con su astucia y reído de los que han confiado en su lealtad, los únicos que han concluido grandes empresas.

Digamos primero que hay dos maneras de combatir. Una con las leyes, otra con la fuerza. La primera es distintiva del hombre; la segunda, de la bestia. Pero como a menudo la lógica no basta, es forzoso recurrir a la irracionalidad. Un príncipe debe saber entonces comportarse como bestia y como hombre. Sin embargo, esto no es enseñanza nueva, ya que antiguos escritores lo enseñaron a los príncipes, de un modo velado, cuando dijeron que Aquiles y muchos otros de los príncipes antiguos fueron confiados al centauro Quirón para que los criara y los educase. De ellos se concluye que, como el preceptor es mitad bestia y mitad hombre, un príncipe debe saber emplear las cualidades de ambas naturalezas, que una no puede durar mucho tiempo sin la otra.

De tal manera, ya que se ve obligado a comportarse como bestia, conviene que el príncipe se transforme en zorra y en león, ya que el león no sabe protegerse de las trampas ni la zorra de los lobos. Hay, pues, que ser zorra para conocer las trampas y león para espantar a los lobos, mas no dejar que este animal guíe las acciones, ya que demuestran poca experiencia. Por lo tanto, un príncipe prudente no debe observar la fe jurada cuando semejante observancia vaya en contra de sus intereses,



menos cuando hayan desaparecido las razones que le hicieron prometer. Si todos los hombres fueran buenos, este precepto sería execrable, pero como son perversos y no la observarían contigo, tampoco tú debes observarla con ellos. Nunca faltaron a un príncipe razones legítimas para disfrazar la inobservancia. Se podrían citar innumerables ejemplos modernos de tratados de paz y promesas vueltos inútiles por la infidelidad de los príncipes, quien mejor ha sabido ser zorro, ése ha triunfado. Pero hay que saber disfrazarse bien, ser hábil en fingir y en disimular. Los hombres son tan simples y se aferran a las necesidades a tal grado que, quien engaña con arte hallará siempre gente que se deje engañar.

No quiero callar uno de los ejemplos contemporáneos. El papa Alejandro VI nunca hizo ni pensó en otra cosa que en engañar a los hombres y siempre halló oportunidad para hacerlo. Jamás hubo hombre que prometiese con más desparpajo ni que

> “Los hombres son tan simples y se aferran a las necesidades a tal grado que, quien engaña con arte, hallará siempre gente que se deje engañar”

hiciera tantos juramentos sin cumplir ninguno y, sin embargo, los engaños siempre le salieron a pedir de boca, porque conocía bien esta parte del mundo.



No es preciso que un príncipe posea todas las virtudes citadas, pero es indispensable sepa aparentar el poseerlas. Y hasta me atreveré a decir esto: que el tenerlas y practicarlas puede llegar a ser pernicioso, mientras que, el aparentar tenerlas, siempre será útil. Está bien mostrarse piadoso, fiel, humano, recto y religioso y, asimismo, serlo efectivamente pero, al llegar al momento decisivo, se debe estar dispuesto a irse al otro extremo, conservándose siempre el intelecto. Además, ha de tenerse presente que un príncipe, en especial un príncipe nuevo, no puede observar todas las cualidades gracias a las cuales los hombres son considerados buenos porque, a menudo para conservarse en el poder, se verá arrastrado a obrar contra la fe, la caridad, la humanidad y la religión. Es preciso, pues, que tenga una inteligencia capaz de adaptarse a todas las circunstancias y que, como he dicho antes, no se aparte del bien mientras pueda, pero que, en caso de necesidad, no titubee en ingresar al mal.

Por todo esto, un príncipe debe tener muchísimo cuidado de que no le brote nunca de los labios algo que no esté empapado de las cinco virtudes citadas. De que, al verlo y al oírlo, parezca nacido en la clemencia, la fe, la rectitud y la religión mismas, sobre todo esta última. Pues los hombres, en general, juzgan más con los ojos que con las manos, porque todos pueden ver, pero pocos tienen la habilidad de sentir. Todos ven lo que pareces ser, mas pocos saben lo que eres y estos no se atreven a oponerse a la opinión de la mayoría, la cual se escuda detrás de la majestad del Estado. En las acciones de los hombres, particularmente de los príncipes donde no hay apelación posible, se atienden a los resultados. Trate, pues, de vencer y de conservar el Estado, que los medios siempre serán honorables y loados por todos, porque el vulgo se deja engañar por las apariencias y por el éxito. En el mundo sólo hay vulgo, ya que las minorías no cuentan sino cuando las mayorías no tienen dónde apoyarse. Un príncipe de estos tiempos, a quien no es oportuno nombrar, jamás predica otra cosa que concordia y buena fe, mientras que es enemigo



acérrimo de ambas, ya que, si las hubiese observado, habría perdido más de una vez la fama y las tierras.





La plaza del Campidoglio o Plaza del Capitolio (1536–1546) diseñada por Miguel Ángel. Colina Capitolina en Roma, Italia.



Capítulo XIX

El príncipe debe evitar ser aborrecido y odiado

De las cualidades mencionadas ya hablé de las más importantes, así que quiero ahora, bajo este título general, referirme brevemente a las otras.

Trate el príncipe de huir de las situaciones que lo hagan odioso o despreciable. Una vez logrado, habrá cumplido con su deber y no tendrá nada que temer de los otros vicios. Como ya he dicho antes hace odioso, sobre todo, el ser expoliador, el apoderarse de los bienes y de las mujeres de los súbditos. La mayoría de los hombres, mientras no se ven privados de sus bienes y de su honor, viven contentos. El príncipe queda libre para combatir la ambición de los peligrosos, que puede cortar fácilmente y de mil maneras distintas. Es despreciable ser considerado voluble, frívolo, afeminado, pusilánime e irresoluto, defectos de los cuales debe alejarse como una nave de un escollo y debe esforzarse para que en sus actos se reconozca grandeza, valentía, seriedad y fuerza. Con respecto a los asuntos privados de los súbditos, debe procurar que sus fallos sean irrevocables, además de empeñarse en adquirir tal autoridad que nadie piense en engañarlo ni envolverlo con intrigas.

El príncipe que conquista semejante autoridad es siempre respetado, pues difícilmente se conspira contra quien, por ser respetado, tiende necesariamente a ser bueno y querido por los suyos. Un príncipe debe temer dos cosas: en el interior, que se le subleven los súbditos; en el exterior, que le ataquen las potencias extranjeras. De las invasiones externas se defenderá con buenas armas y buenas alianzas. Siempre tendrá buenas alianzas el que tenga buenas armas, así como siempre estarán seguras las cosas en el interior cuando lo estén en el exterior,



a menos que no hubiesen sido previamente perturbadas por una conspiración. Aun así, cuando los enemigos de afuera amenazasen, si ha vivido como he aconsejado y no pierda la presencia de espíritu, resistirá todos los ataques como hizo el espartano Nabis. En lo que se refiere a los súbditos, a pesar de que no exista amenaza extranjera alguna, ha de cuidar que no conspiren secretamente; sin embargo, de este peligro se puede salvar al evitar que lo odien o lo desprecien, empeñándose por todos los medios en tener satisfecho al pueblo, como ya antes he repetido.

No ser odiado por el pueblo es uno de los remedios más eficaces de los cuales dispone un príncipe contra las conjuraciones. El conspirador siempre cree que el pueblo quedará contento con la muerte del príncipe. Si sospecha que se producirá el efecto contrario, jamás se decide a tomar semejante partido, pues son infinitos los peligros que corre quien conspira. La experiencia nos demuestra que hubo muchísimas conspiraciones y que muy pocas tuvieron éxito, porque quien conspira no puede obrar solo ni buscar la complicidad de quienes no cree descontentos. No hay descontento que no se regocije en cuanto le hayas confesado tus propósitos, porque de la revelación de tu secreto puede esperar toda clase de beneficios; es preciso que sea muy amigo tuyo o enconado enemigo del príncipe para que, al hallar en una parte ganancias seguras y en la otra dudosas y llenas de peligro, te sea leal. Para reducir el problema a sus últimos términos, declaro que de parte del conspirador sólo hay recelos, sospechas y temor al castigo, mientras que el príncipe cuenta con la majestad del principado, con las leyes y con la ayuda de los amigos. De tal manera que, si se ha granjeado la simpatía popular, es imposible que haya alguien que sea tan temerario como para conspirar. Pues, si un conspirador está por lo común rodeado de peligros antes de consumar el hecho, lo estará aún más después de ejecutarlo, porque no encontrará amparo en ninguna parte.

Sobre este particular podrían citarse innumerables ejemplos,



pero me daré por satisfecho al mencionar uno que pertenece a la época de nuestros padres. Micer Annibale I Bentivoglio, abuelo del actual Micer Annibale, fue el príncipe de Bolonia, fue asesinado por Batista Canneschi, con el secreto soporte del papa Eugenio IV. De los Bentivoglio no quedó más que Micer Giovanni II, un niño aún en ese tiempo. Inmediatamente después de semejante crimen, se sublevó el pueblo y exterminó a todos los Canneschi. La simpatía popular nació del aprecio que tenía la casa de los Bentivoglio en aquellos tiempos. Fue tan grande que, no quedando de ella nadie en Bolonia que pudiese regir el estado y con indicios de que en Florencia existía un dudoso descendiente de los Bentivoglio, vinieron los

> “No ser odiado por el pueblo es uno de los remedios más eficaces de los cuales dispone un príncipe contra las conjuraciones”

boloñeses en su busca a Florencia y entregaron el gobierno de aquella ciudad a Sante Bentivoglio hasta que, a la muerte de este, Micer Giovanni asumió el mandato.

Llego, pues, a la conclusión de que un príncipe, cuando es apreciado por el pueblo, debe cuidarse muy poco de las conspiraciones; pero que debe temer todo, y a todos, cuando es aborrecido y lo tienen por enemigo. Los Estados bien organizados y los príncipes sabios siempre han procurado no exasperar a los nobles, a la vez que deben mantener satisfecho



y contento al pueblo. Es éste uno de los puntos a los que más debe atenerse un príncipe.

En la actualidad, entre los reinos bien organizados, cabe nombrar el ejemplo de Francia, la cual cuenta con muchas instituciones buenas que están al servicio de la libertad y de la seguridad del rey, como lo es el Parlamento. El organizador de este reino conocía, por una parte, la ambición y la violencia de los poderosos y la necesidad de sostenerlos de una brida para corregirlos; por otra parte, comprendía el odio a los nobles que el temor hacía nacer en el pueblo, temor que había que hacer desaparecer. En consecuencia, dispuso que no fuese cuidado exclusivo del rey este conjunto de tareas, para evitarle los inconvenientes que tendría con los nobles si favorecía al pueblo y los que tendría con el pueblo si favorecía a los nobles. Creó entonces un tercer poder que, sin responsabilidades para el rey, castigase a los nobles y beneficiase al pueblo. No podía tomarse medida mejor ni más juiciosa ni que tanto proveyese a la seguridad del rey y del reino. De la reflexión puede extraerse la presente consecuencia, digna de mención: los príncipes deben asignar las tareas gravosas a los demás y reservarse las agradables para sí. Además, vuelvo a repetir que un príncipe debe estimar a los nobles, pero sin hacerse odiar por el pueblo.

Acaso podrá parecer a muchos que los ejemplos de la vida y de la muerte de ciertos emperadores romanos contradicen mis opiniones porque hubo quienes, a pesar de haberse conducido siempre virtuosamente y de poseer grandes cualidades, perdieron el Imperio o, peor aún, fueron asesinados por sus mismos súbditos, conjurados en su contra.

Para contestar a estas objeciones examinaré el comportamiento de algunos emperadores y demostraré que las causas de su ruina no difieren de las que he expuesto, y mientras tanto, recordaré los hechos más salientes de la historia de aquellos tiempos. Me limitaré a tomar a los emperadores que se sucedieron desde Marco el Filósofo hasta Maximino. Marco, su hijo Cómodo, Pertinax, Juliano, Severo, su hijo Antonio Caracalla,



Macrino, Heliogábalo, Alejandro y Maximino. Pero antes conviene hacer notar que, mientras los príncipes de hoy sólo tienen que luchar contra la ambición de los nobles y la violencia de los pueblos, los emperadores romanos tenían que hacer frente a una tercera dificultad: la codicia y la crueldad de sus soldados, motivo de la ruina de muchos. Era difícil dejar a la vez satisfechos a los soldados y al pueblo, pues en tanto que el pueblo amaba la paz y a los príncipes sosegados, las tropas preferían a los príncipes belicosos, violentos, crueles y rapaces, en especial más si lo eran contra el pueblo, ya que así tenían ocasión de desahogar su codicia y su perversidad.

Esto explica por qué siempre fracasaban aquellos emperadores que carecían de autoridad suficiente para contener a unos y a los otros. Explica también por qué la mayoría se decidían por los soldados, en especial los príncipes que subían al trono por herencia, una vez conocida la imposibilidad de dejar satisfechas a ambas parte sin importarles pisotear al pueblo. Era el partido lógico: cuando el príncipe no puede evitar ser odiado por una de las dos partes, debe inclinarse hacia el grupo más numeroso y, cuando esto no es posible, inclinarse hacia el más fuerte. De ahí que los emperadores, que al serlo por razones ajenas al derecho tenían necesidad de apoyos extraordinarios, buscasen contentar a los soldados antes que al pueblo. Lo cual, sin embargo, podía resultarles ventajoso o no según que supiesen o no ganarse y conservar su respeto. Por tales motivos, Marco, Pertinax y Alejandro, a pesar de su vida moderada, a pesar de ser amantes de la justicia, enemigos de la crueldad, humanitarios y benévolos, tuvieron todo triste fin, salvo Marco. Marco vivió y murió amado gracias a que llegó al trono por derecho de herencia, sin debérselo al pueblo ni a los soldados y a que, como estaba adornado de muchas virtudes que lo hacían venerable, tuvo siempre, mientras vivió, sometido a unos y a otros a su voluntad, y nunca fue odiado ni despreciado. Pero Pertinax fue hecho emperador contra el parecer de los soldados, quienes acostumbrados a vivir en la mayor licencia bajo



Cómodo, no podían tolerar la vida virtuosa que aquél pretendía imponerles. Y como al odio se agregó al desprecio que inspiraba su vejez, pereció en los comienzos mismos de su reinado.

Aquí se debe señalar que el odio se gana tanto con las buenas acciones como con las perversas, por cuyo motivo, como dije antes, un príncipe que quiere conservar el poder es a menudo forzado a no ser bueno, porque cuando aquel grupo, ya sea pueblo, soldados o nobles, del que tú juzgas tener necesidad para mantenerte, está corrompido, te conviene seguir su capricho para satisfacerlo, pues entonces las buenas acciones serían tus enemigas.

Detengámonos ahora en Alejandro, hombre de tanta bondad que, entre los elogios que se le tributaron, figura el de que en catorce años que reinó no hizo matar a nadie sin juicio previo. Sin embargo, su fama de persona débil que se dejaba gobernar por su madre le acarreó el desprecio de los soldados, que se sublevaron y lo mataron.

Por el contrario, Cómodo, Severo, Antonio Caracalla y Maximino fueron ejemplos de crueldad y despotismo llevados al extremo. Para congraciarse con los soldados, no ahorraron ultrajes al pueblo. Y todos, a excepción de Severo, acabaron mal. Severo, aunque oprimió al pueblo, pudo reinar felizmente en mérito al apoyo de los soldados y a sus grandes cualidades, que lo hacían tan admirable a los ojos del pueblo y del ejército que éste quedaba reverente y satisfecho, y aquél, atemorizado y estupefacto. Como sus acciones fueron notables para un príncipe nuevo, quiero explicar brevemente lo bien que supo proceder como zorro y como león, cuyas cualidades, como ya he dicho, deben ser imitadas por todos los príncipes.

Enterado de que el emperador Juliano era un cobarde, Severo convencía al ejército que estaba bajo su mando en Esclavonia de que era necesario ir a Roma para vengar la muerte de Pertinax, a quien los pretorianos habían asesinado. Con este pretexto, sin dar a conocer sus aspiraciones al Imperio, condujo al ejército contra Roma y estuvo en Italia antes que se hubiese tenido



noticia de su partida. Una vez en Roma, dio muerte a Juliano y el Senado, lleno de espanto, lo eligió emperador. Pero, para adueñarse del estado quedaban aún a Severo dos dificultades. La primera en Oriente donde Níger, jefe de los ejércitos asiáticos, se habla hecho proclamar emperador; la segunda en Occidente, donde se hallaba Albino, quien también tenía pretensiones al imperio. Severo, como juzgaba peligroso declararse a la vez enemigo de los dos, resolvió atacar a Níger y engañar a Albino, para lo cual escribió a éste que, elegido emperador por el Senado, quería compartir el trono con él. Le mandó el título de César y, por acuerdo del Senado, lo convirtió en su colega, distinción que Albino aceptó sin vacilar. Una vez que hubo vencido y muerto a Níger, pacificadas las cosas en Oriente, volvió a Roma y se quejó al Senado de que Albino, olvidándose de los beneficios que le debía, había tratado vilmente de matarlo, para lo cual era preciso que castigara su ingratitud. Fue entonces a buscarlo a las Galias, le quitó la vida y el estado.

Quien examine, pues, detenidamente las acciones de Severo, verá que fue un feroz león y un zorro muy astuto. Advertirá que todos le temieron y le respetaron, que el ejército no lo odió. No se asombrará de que él, príncipe nuevo, haya podido ser amo de un Imperio tan vasto, porque su ilimitada autoridad lo protegió siempre del odio que sus depredaciones podían haber hecho nacer en el pueblo.

Antonino, su hijo, también fue hombre de cualidades que lo hacían admirable en el concepto del pueblo y grato en el de los soldados. Varón de genio guerrero, durísimo a la fatiga, enemigo de la molicie y de los placeres de la mesa, no podía menos de ser querido por todos los soldados. Sin embargo, su ferocidad era tan grande e inaudita que, después de innumerables asesinatos aislados, exterminó a gran parte del pueblo de Roma y a todo el de Alejandría. Por este motivo se hizo odioso a todo el mundo, empezó a ser temido por los mismos que lo rodeaban y a la postre fue muerto por uno de sus centuriones en presencia de todo el ejército. Conviene notar al respecto que no está en manos



de ningún príncipe evitar esta clase de atentados, producto de la firme decisión de un hombre de carácter, porque al que no le importa morir no le asusta quitar la vida a otro. Sin embargo, esto no es tema para el príncipe, pues son rarísimos y preocúpese, en cambio, por no inferir ofensas graves a nadie que esté junto para el servicio del estado. Es lo que no hizo Antonino, ya que, a pesar de haber asesinado en forma ignominiosa a un hermano del centurión y de amenazar a éste diariamente con lo mismo, lo conservaba en su guardia particular: tranquilidad temeraria que tenía que traerle la muerte, lo que se la trajo.

Pasemos a Cómodo, quien, por ser hijo de Marco y haber recibido el Imperio en herencia, fácil le hubiera sido conservarlo, dado que con sólo seguir las huellas de su padre hubiese tenido satisfecho a pueblo y ejército. Pero fue un hombre cruel y brutal que, para desahogar su ansia de rapiña contra el pueblo, trató de captarse la benevolencia de las tropas permitiéndoles toda

> “los príncipes deben asignar las tareas gravosas a los demás y reservarse las agradables para sí”

clase de licencias; por otra parte, olvidando la dignidad que investía, bajó muchas veces a la arena para combatir con los gladiadores y cometió vilezas incompatibles con la Majestad Imperial, con lo cual se acarreó el desprecio de los soldados. De modo que, odiado por un grupo y aborrecido por el otro, fue asesinado a consecuencia de una conspiración.

Nos quedan por examinar las cualidades de Maximiano. Fastidiadas las tropas por la inactividad de Alejandro, una vez



muerto éste, elevaron al imperio a Maximiano, hombre de espíritu extraordinariamente belicoso que no se conservó en el poder mucho tiempo porque hubo dos cosas que lo hicieron odioso y despreciable. La primera razón, su baja condición, pues nadie ignoraba que había sido pastor en Tracia y esto producía universal disgusto. La segunda, su fama de sanguinario; había diferido su marcha a Roma para tomar posesión del mando y en el intervalo había cometido en Roma, y en todas partes del Imperio, un sin fin de depredaciones, por intermedio de sus prefectos. Menospreciado por la bajeza de su origen y odiado por el temor a su ferocidad, era natural que todo el mundo se sintiese inquieto y, en consecuencia, que el África se revelase y que el Senado, luego el pueblo de Roma y toda Italia conspirasen contra él. Su propio ejército, mientras sitiaba a Aquilea sin poder tomarla, cansado de sus crueldades y temiéndolo menos al verlo rodeado de tantos enemigos, se plegó al movimiento y lo mató.

No quiero referirme a Heliogábalo, Macrino y Juliano quienes, por ser harto despreciables, tuvieron pronto fin y atenderé a las conclusiones de este discurso. Los príncipes actuales no se encuentran ante la dificultad de tener que satisfacer en forma desmedida a los soldados; pues aunque haya que tratarlos con consideración, el caso es menos grave dado que estos príncipes no tienen ejércitos propios, vinculados estrechamente con los gobiernos y las administraciones provinciales, como estaban los ejércitos del Imperio Romano. Si entonces había que inclinarse a satisfacer a los soldados antes que al pueblo, se explica el por qué los soldados eran más poderosos que el pueblo. En cambio, ahora, todos los príncipes, salvo el Turco y el Sultán, tienen que satisfacer antes al pueblo que a los soldados porque aquél puede más que éstos. Excepto al Turco que, por estar siempre rodeado por doce (12) mil infantes y quince (15) mil jinetes, necesita posponer toda otra preocupación a la de conservar la amistad de las tropas, de los cuales dependen la seguridad y la fuerza del reino. Del mismo modo, conviene que



el Sultán, cuyo reino está por completo en manos del ejército, conserve las simpatías de éste sin tener consideraciones para con el pueblo. Adviértase que el Sultán es muy distinto de todos los principados, sólo parecido al pontificado cristiano, al que no puede llamársele principado hereditario ni principado nuevo porque no son los hijos del príncipe viejo los herederos y futuros príncipes, sino el elegido para ese puesto por los que tienen autoridad.. Y como se trata de una institución antigua, no le corresponde el nombre de principado nuevo, aparte de que no se encuentran en él los obstáculos que existen en los nuevos, pues si bien el príncipe es nuevo, la constitución del estado es antigua y el gobernante recibido como quien lo es por derecho hereditario.

Volvamos a nuestro asunto. Cualquiera que meditase este discurso hallará que la causa de la ruina de los emperadores citados ha sido el odio o el desprecio, descubrirá a qué se debe que, mientras parte de ellos procedieron de un modo y parte de otro, en ambos modos hubo dichosos y desgraciados. Pertinax y Alejandro fracasaron porque, siendo príncipes nuevos, quisieron imitar a Marco, quien había llegado al Imperio por derecho de sucesión. Lo mismo le sucedió a Caracalla, Cómodo y Maximino al intentar seguir las huellas de Severo cuando carecían de sus cualidades. Se concluye de esto que un príncipe nuevo en un principado nuevo no puede imitar la conducta de Marco ni tampoco seguir los pasos de Severo, sino que debe tomar de éste las cualidades necesarias para fundar un Estado y, una vez establecido y firme, las cualidades de aquél que mejor tiendan a conservarlo.





Pazzi Chapel (1441–1460) de Filippo Brunelleschi.
Florencia, Italia.



Capítulo XX

Si las fortalezas que los príncipes hacen con frecuencia, son útiles o no

Hubo príncipes quienes, para conservar sin inquietudes el estado, desarmaron a sus súbditos; príncipes que dividieron los territorios conquistados; príncipes que favorecieron a sus mismos enemigos; príncipes que se esforzaron por atraerse a aquellos que les inspiraban recelos al comienzo de su gobierno; príncipes, en fin, que construyeron fortalezas y príncipes que las arrasaron. Aunque sobre todas estas cosas no se pueda dictar sentencia sin conocer las características del estado donde habría de tomarse semejante resolución, hablaré, sin embargo, del modo más amplio que la materia me permita.

Nunca sucedió que un príncipe nuevo desarmase a sus súbditos; por el contrario, los armó cada vez que los encontró desarmados. De este modo, las armas del pueblo se convirtieron en las del príncipe, los que recelaban se hicieron fieles, los fieles continuaron siéndolo y los súbditos se hicieron partidarios. Pero como no es posible armar a todos los súbditos, resultan favorecidos aquellos a quienes el príncipe arma. Se puede vivir más tranquilo con respecto a los demás por esta distinción, ya que se reconocen deudores al príncipe. Los primeros se consideran más obligados a él y los otros los disculpan, comprendiendo que es preciso que gocen de más beneficios los que tienen más deberes y se exponen a más peligros. Pero cuando se los desarma se empieza por ofenderlos, puesto que se les demuestra que, por cobardía o desconfianza, se tiene poca fe en su lealtad; y cualquiera de estas dos opiniones engendra odio contra el príncipe. Además, como el príncipe no puede quedar desarmado, es forzoso que recurra a las milicias mercenarias, de cuyos defectos ya he hablado; las cuales aun si sólo tuviesen



virtudes, no pueden ser tantas como para defenderlo de los enemigos poderosos y de los súbditos descontentos.

Por eso, como he dicho, un príncipe nuevo en un principado nuevo no ha dejado nunca de organizar su ejército según lo prueban los ejemplos de que está llena la historia. Ahora bien, cuando un príncipe adquiere un Estado nuevo que añade al que ya poseía, entonces sí conviene que desarme a sus nuevos súbditos, excepción hecha de aquellos que se declararon partidarios suyos durante la conquista; sin embargo, aun a éstos, con el transcurso del tiempo y aprovechando las ocasiones que se le brinden, es preciso debilitarlos y reducirlos a la inactividad y arreglarse de modo que el ejército del estado se componga de los soldados que rodeaban al príncipe en el estado antiguo.

Nuestros antepasados, y particularmente los que tenían fama de sabios, solían decir que, para conservar a Pistoya, bastaban las distensiones y para conservar a Pisa, las fortalezas. Por tal motivo, para gobernarlas más fácilmente, fomentaban la discordia en las tierras sometidas, medida muy lógica en una época donde las fuerzas de Italia estaban equilibradas, pero no me parece que pueda darse hoy por precepto, ya que las divisiones no traerán beneficio alguno. Al contrario, juzgo inevitable que las ciudades enemigas se pierdan en cuanto el enemigo se aproxime, pues siempre el partido más débil se unirá a las fuerzas externas y el otro no podrá resistir.

Movidos por estas razones, según creo, los venecianos fomentaban en las ciudades conquistadas la creación de güelfos y gibelinos, pese a que no los dejaban llegar al derramamiento de sangre, alimentaban, sin embargo, estas discordias entre ellos, a fin de que, ocupados en sus diferencias, no se uniesen contra el enemigo común. Pero, como hemos visto, este proceder se volvió en su contra pues, derrotados en Vaila, uno de los partidos cobró valor y les arrebató todo el estado. Semejantes recursos inducen a sospechar la existencia de alguna debilidad en el príncipe, porque un príncipe fuerte jamás tolerará tales divisiones, que podrán serle útiles en tiempos de paz, cuando, gracias a ellas,



> “Indudablemente, los príncipes son grandes cuando superan las dificultades y la oposición que se les hace”

manejará más fácilmente a sus súbditos, pero que mostrarán su ineficacia en cuando sobrevenga la guerra.

Indudablemente, los príncipes son grandes cuando superan las dificultades y la oposición que se les hace. Por esta razón, y sobre todo cuando quiere hacer grande a un príncipe nuevo, a quien le es más necesario adquirir fama que a uno hereditario, la fortuna le suscita enemigos y guerras en su contra para darle oportunidad de que las supere y pueda, sirviéndose de la escala de los enemigos le han traído, elevarse a mayor altura. Hay quienes afirman que un príncipe hábil debe fomentar con astucia ciertas resistencias para que, al aplastarlas, se acreciente su gloria.

Los príncipes, en especial los nuevos, han hallado más consecuencia y más utilidad en aquellos que al principio de su gobierno les eran sospechosos, que en aquellos en quienes confiaban. Pandolfo Petrucci, príncipe de Siena, gobernaba su estado más con sus viejos enemigos que con sus antiguos aliados. Pero de este punto no se pueden extraer conclusiones generales porque varían según el caso. Sólo diré esto: los hombres que al principio de un reinado han sido enemigos, si su carácter es tal que para continuar la lucha necesitan apoyo ajeno, el príncipe podrá siempre y muy fácilmente, conquistarlos a su causa y lo servirán con tanta más fidelidad cuanto saben que les es preciso borrar con buenas obras la mala opinión en que se los tenía. Así



el príncipe saca de ellos más provecho de aquellos quienes, por serle demasiado fieles, descuidan sus obligaciones.

Puesto que el tema lo exige, no dejaré de recordar a aquel príncipe que adquiera un estado nuevo que examine bien el motivo que impulsó a los ciudadanos éstos a favorecerlo con su ayuda. Ya que, si no se trata de afecto natural, sino de descontento con la situación anterior del estado, difícil y fatigosamente podrá conservar su amistad, pues tampoco él podrá contentarlos. Con los ejemplos que los hechos antiguos y modernos proporcionan, medítese serenamente en la razón de todo esto, para ver que es más fácil conquistar la amistad de los enemigos, satisfechos con el gobierno anterior, que la de aquellos que se hicieron amigos del nuevo príncipe y lo ayudaron a conquistar el estado, por estar descontentos,.

Los príncipes, para conservarse más seguramente en el poder, acostumbraron construir fortalezas que fuesen rienda y freno para quienes se atreviesen a obrar en su contra, refugio seguro para ellos en caso de un ataque imprevisto. Alabo esta costumbre de los antiguos. Sin embargo, repárese en que, en estos tiempos, se ha visto a Nicolás Vitelli arrasar dos fortalezas en Cittá di Castello para conservar la plaza. Guido Ubaldo, duque de Urbino, al volver a sus Estados de donde lo expulsó César Borgia, destruyó hasta los cimientos todas las fortalezas de aquella provincia, convencido de que sin ellas sería más difícil arrebatarle el estado. De igual manera actuaron los Bentivoglio al volver a Bolonia.

Por consiguiente, las fortalezas pueden ser útiles o no según los casos, pues en unas ocasiones favorecen, en otras perjudican. Podría resolverse la cuestión de esta manera: el príncipe que teme más al pueblo que a los extranjeros debe construir fortalezas; pero el que teme más a los extranjeros que al pueblo debe pasarse sin ellas. El castillo levantado por Francisco Sforza en Milán ha traído y traerá más sinsabores a la casa Sforza que todas las revueltas que se produzcan en el estado. Pero, en definitiva, no hay mejor fortaleza que



no ser odiado por el pueblo, porque si el pueblo aborrece al príncipe, no lo salvarán todas las fortalezas que posea, pues nunca faltan al pueblo, una vez que ha empuñado las armas, extranjeros que lo socorran.

En nuestros tiempos no se ha visto que hayan favorecido a ningún príncipe, salvo a la Condesa de Forli, después de la muerte del conde Jerónimo, su marido. Gracias a las fortalezas pudo escapar del furor popular, esperar el socorro de Milán y recuperar el Estado. Pero entonces las circunstancias eran tales que los extranjeros no podían auxiliar al pueblo. Después de nada le sirvió su fortaleza, cuando César Borgia la asaltó y el pueblo se plegó a él por odio a la Condesa. Por lo tanto, mucho más seguro le hubiera sido, entonces y siempre, no ser odiada por el pueblo que tener fortalezas.

Consideradas, pues, estas cosas, elogiaré tanto a quien construya fortalezas como a quien no las construya, pero censuraré a todo el que, confiando en las fortalezas, le importe poco ser odiado por el pueblo.





Virgen de las arpías (1517) de Andrea del Sarto.
Galería Uffizi, Florencia.

Capítulo XXI

Cómo debe comportarse un príncipe para ser estimado

Nada hace tan estimable a un príncipe como las grandes empresas y ser ejemplo de raras virtudes. Prueba de ello es Fernando de Aragón, actual rey de España, a quien casi puede llamarse príncipe nuevo, pues de rey sin importancia se ha convertido en el primer monarca de la cristiandad. Sus obras, como puede comprobarlo quien las examine, han sido todas grandes y algunas extraordinarias. En los comienzos de su reinado tomó por asalto a Granada, punto de partida de sus conquistas. Hizo la guerra cuando estaba en paz con los vecinos, y, sabiendo que nadie se opondría, distrajo con ella la atención de los nobles de Castilla, quienes, pensando en esa guerra, no pensaban en cambios políticos. Por este medio adquirió autoridad y reputación sobre ellos, sin que ellos se diesen cuenta. Con dinero del pueblo y de la Iglesia pudo mantener a sus ejércitos, a los que templó en aquella larga guerra y que tanto lo honraron después. Más tarde, para poder iniciar empresas de mayor envergadura, se entregó a una piadosa persecución y despojó y expulsó de su reino a los "marranos"[10] , sirviéndose siempre de la Iglesia. No puede haber ejemplo más admirable y maravilloso. Con el mismo pretexto invadió el África, llevó a cabo la campaña de Italia y, de modo último, atacó a Francia. Siempre meditó y realizó hazañas extraordinarias que provocaron el constante estupor de los súbditos, mantuvieron su pensamiento ocupado por entero en el éxito de sus aventuras. Y estas acciones suyas nacieron de tal modo, una tras otra, que no dio tiempo a los hombres para poder preparar con tranquilidad algo en su perjuicio.

También concurre en beneficio del príncipe el hallar medidas sorprendentes en lo que se refiere a la administración, como se



cuenta que las hallaba Barnabó Visconti de Milán. En cuanto algún súbdito hace algo notable, bueno o malo, en la vida civil hay que descubrir un modo extraordinario de recompensarlo o castigarlo, que dé tema de conversación a la gente. Y, por encima de todo, el príncipe debe ingeniarse cómo parecer grande e ilustre en cada uno de sus actos.

Asimismo, se estima al príncipe capaz de ser amigo o enemigo franco. Es decir, aquel que, sin temores de ninguna índole, sabe declararse abiertamente en favor de uno y en contra de otro. El abrazar un partido es siempre más conveniente que el permanecer neutral. Por ejemplo, si dos vecinos poderosos se declaran la guerra, el príncipe puede encontrarse en uno de estos casos: por ser adversarios fuertes, tiene que temer a cualquiera de los dos que gane la guerra, o no debe preocuparse por el resultado, ya que ninguno presenta amenaza alguna. En uno u otro caso siempre le será más útil decidirse por una de las partes para hacer la guerra. Pues, en el primer caso, si no se define, será presa del vencedor, para placer y satisfacción del vencido; no hallará compasión en aquél ni asilo en éste, porque el que vence no quiere amigos sospechosos que no le ayuden en la adversidad mientras, que el derrotado no puede ofrecer ayuda a quien no quiso empuñar las armas y arriesgarse en su favor.

Antíoco, fue llamado a Grecia por los etoilos para arrojar de allí a los romanos. Mandó embajadores a los acayos, amigos de los romanos, para convencerlos de que permaneciesen neutrales. Por el contrario, los romanos les pedían que tomaran armas a su favor. Se debatió el asunto en el Consejo de los acayos. Para cuando el enviado de Antíoco solicitó neutralidad, el representante romano replicó: *Se les dice que es muy bueno y muy útil para su estado que no tomen parte en nuestra guerra, y es precisamente lo contrario, porque si no toman parte quedarán por premio del vencedor sin merced ni reputación*[11] .

10. Término peyorativo referido a los judeoconversos y sus descendientes, alegándose la falta verdadera de fe cristiana.
11. *Quod autem isti dicunt non interponendi vos bello, nihil magis alienum rebus vestris est, sine gratia, sine dignitate, praemium victoris eritis.*



Siempre verás que quien no es tu amigo te exigirá la neutralidad, mientras que un verdadero amigo te exigirá demostrar tus sentimientos con las armas. Los príncipes irresolutos, para evitar los peligros presentes, siguen muchas veces el camino de la neutralidad y minan con ello el camino al fracaso. Sin embargo, cuando el príncipe se inclina valientemente por una de las partes y ella triunfa, aunque sea poderosa y él quede a su discreción, estarán unidos por un vínculo de reconocimiento y de afecto. Los hombres nunca son tan malvados que, dando prueba de tamaña ingratitud, lo sojuzguen. Al margen de esto, las victorias nunca son tan decisivas como para que el vencedor no tenga que guardar algún miramiento, sobre todo con respecto a la justicia. En cambio, si el aliado pierde, el príncipe será amparado, ayudado por él en la medida de lo posible, y se hará compañero de una fortuna que puede resurgir. En el segundo caso, cuando los que combaten entre sí no pueden inspirar ningún temor, mayor es la necesidad de definirse, pues no hacerlo significa la ruina de uno de ellos; en su prudencia, el príncipe debería correr en su auxilio, porque es imposible que con su ayuda no venza y, si vence, quedará a su discreción.

Conviene advertir que un príncipe nunca debe aliarse con otro más poderoso para atacar a terceros, sino, de acuerdo con lo dicho, cuando las circunstancias lo obligan. Precaución necesaria ya que, si venciera, quedaría en su poder. Por lo que los príncipes deben hacer todo lo posible para no quedar a disposición de otros. Los venecianos, quienes pudiendo abstenerse de intervenir, se aliaron con los franceses contra el duque de Milán, labraron su propia ruina. Sin embargo, como sucedió a los florentinos en oportunidad del ataque de los ejércitos del papa y de España contra la Lombardía, cuando no se puede evitar, entonces, y por las mismas razones expuestas, el príncipe debe someterse a los acontecimientos. Por supuesto, no se crea que los estados puedan inclinarse siempre por partidos seguros; por el contrario, piénsese que todas las opciones son dudosas; debido a que, como acontece en el orden de las cosas, cuando se quiere



evitar un inconveniente, se incurre en otro. La prudencia estriba en saber conocer la naturaleza de los inconvenientes y aceptar al menos malo por bueno.

El príncipe también se mostrará amante de la virtud y honrará a los que se distingan en las artes. Asimismo, dará seguridades a los ciudadanos para que puedan dedicarse tranquilamente a sus profesiones, al comercio, a la agricultura y a cualquier otra actividad; que unos no se abstengan de embellecer sus posesiones por temor a que se las quiten y otros de abrir una tienda por miedo a los impuestos. Lejos de esto, instituirá premios para recompensar a quienes lo hagan y a quienes traten, por cualquier medio, de engrandecer la ciudad o el estado. Todas las ciudades están divididas en gremios o corporaciones, a las cuales conviene que el príncipe conceda su atención. Reúnase de vez en vez con ellos, dé pruebas de sencillez y generosidad, sin olvidarse, no obstante, de la dignidad que inviste, que no debe faltarle en ninguna ocasión.







St John, el Evangelista. Donatello. 1411. Mármol. 210 cm. de altura.
Museo dell'Opera del Duomo. Florence

Capítulo XXII

De los secretarios del príncipe

No es punto carente de importancia la elección de los ministros, decisión que será buena o mala según la cordura del príncipe. La primera opinión que se guarda del juicio de un príncipe se fundamenta en la clase de hombres que lo rodean. Si son capaces y fieles, podrá reputárselo por sabio, pues supo hallarlos capaces y mantenerlos fieles. Sin embargo, cuando no lo son, no podrá considerarse prudente a un príncipe cuyo primer error lo comete en esta elección.

No había nadie que, al saber que Antonio da Venafro era ministro de Pandolfo Petrucci, príncipe de Siena, no juzgase hombre muy inteligente a Pandolfo. Pues hay tres clases de cerebros: el primero discierne por sí; el segundo entiende lo que los otros disciernen, y el tercero no discierne ni entiende lo que los otros disciernen. El primero es excelente, el segundo bueno y el tercero inútil. Era, pues, absolutamente indispensable que, si Pandolfo no se hallaba en el primer caso, se hallase en el segundo. Porque, con tal de que un príncipe tenga el suficiente discernimiento para darse cuenta de lo bueno o malo de sus acciones y pensamientos, reconocerá cuáles son las obras buenas y cuáles las malas de un ministro, aunque de por sí no las descubra. Con ello, podrá corregir unas y elogiar otras, mientras que el ministro, quien no podrá confiar en engañarlo, se conservará honesto y fiel.

Para conocer a un ministro hay un modo que no falla nunca. Cuando se ve que un ministro piensa más en él que en uno, a la par que no busca sino su provecho, estamos en presencia de un ministro que nunca será bueno, uno en quien el príncipe nunca podrá confiar.



Aquel que tiene sus manos en el Estado de otro jamás debe pensar en sí mismo, sino en el príncipe, recordándole sino las cosas que pertenezcan a él. Por su parte, el príncipe, para mantenerlo constante en su fidelidad, debe pensar en el ministro. Debe honrarlo, enriquecerlo y colmarlo de cargos, de manera que comprenda que no puede estar sin él mientras que los muchos honores no le hagan desear más honores, las muchas riquezas no le hagan ansiar más riquezas y los muchos cargos le hagan temer los cambios políticos. Cuando los ministros, y los príncipes con respecto a los ministros, proceden así, pueden confiar unos en otros; pero cuando proceden de otro modo, las consecuencias son perjudiciales tanto para unos como para otros.





Pallas y el Centauro, 1482. Sandro Botticelli.
Uffizi Gallery, Florence, Italy.

Capítulo XXIII

Cómo huir de los aduladores

No quiero pasar por alto un asunto importante, lo cual es la falta en la que, con facilidad, caen los príncipes si no son muy prudentes o no saben escoger. Me refiero a los aduladores que abundan en todas las cortes. Los hombres se complacen tanto en sus propias obras de tal modo se engañan, que no atinan a defenderse de aquella calamidad y, cuando quieren defenderse, se exponen al peligro de hacerse despreciables. No hay otra manera de evitar la adulación que el hacer comprender a los hombres que no ofenden al decir la verdad; mientras que, cuando todos pueden decir la verdad, faltan el respeto.

Por lo tanto, un príncipe prudente debe preferir un tercer modo: rodearse de los mejores hombres de buen juicio, de su estado, únicos a los que dará libertad para decirle la verdad, aunque sólo en las cosas sobre las cuales sean interrogados. Pero debe interrogarlos sobre todos los tópicos, escuchar sus opiniones con paciencia y después resolver por sí y a su albedrío. Con estos consejeros comportarse de tal manera que nadie ignore, que será tanto más estimado cuanto más libremente hable. Fuera de ellos, no escuchar a ningún otro, poner en seguida en práctica lo resuelto y ser obstinado en su cumplimiento. Quien no procede así se pierde por culpa de los aduladores o, si cambia a menudo de parecer, es tenido en menos.

Quiero a este propósito citar un ejemplo moderno, Fray Lucas Rinaldi, embajador ante el actual emperador Maximiliano, decía hablando de Su Majestad, que no pedía consejos a nadie y que, sin embargo, nunca hacía lo que quería. Esto es precisamente por proceder en forma contraria a la aconsejada porque el emperador es un hombre reservado, que no comunica a na-



die sus pensamientos ni pide pareceres, pero como al querer ponerlos en práctica empiezan a conocerse, descubrirse y los que los rodean opinan en contra, fácilmente desisten de ellos. De ello resulta que lo que hace hoy lo deshace mañana, que no se entiende nunca lo que desea, o intenta hacer, y que no se puede confiar en sus determinaciones.

Por este motivo, un príncipe debe pedir consejo siempre, pero cuando él lo considere conveniente, no cuando lo consideren conveniente los demás, por lo cual debe evitar que nadie emita pareceres mientras no sea interrogado. Debe preguntar a menudo, escuchar con paciencia la verdad acerca de las cosas sobre las cuales ha interrogado y ha de ofenderse, cuando se entera que alguien no se la ha dicho por temor.

> “que los buenos consejos, vengan de quien vengan, nazcan de la prudencia del príncipe y no la prudencia del príncipe de los buenos consejos.”

Se engañan aquellos que creen que un príncipe es juzgado sensato gracias a los buenos consejeros que tiene en derredor y no gracias a sus propias cualidades. Ya que ésta es una regla general que no falla nunca, un príncipe que no es sabio no puede ser bien aconsejado y, por ende, no puede gobernar, a menos que se ponga bajo la tutela de un hombre muy prudente que sea guía en todo. En este caso, duraría poco en el poder, pues el ministro no tardaría en despojarlo del Estado mientras



que, si pide consejo a más de uno, los consejos serán siempre distintos y un príncipe que no sea sabio, no podrá conciliarlos. Cada uno de los consejeros pensará en lo suyo y él no podrá saberlo ni corregirlo. Es imposible hallar otra clase de consejeros porque los hombres se comportarán siempre mal, mientras la necesidad no los obligue a lo contrario.

De esto se concluye que es conveniente que los buenos consejos, vengan de quien vengan, nazcan de la prudencia del príncipe y no la prudencia del príncipe de los buenos consejos.



Virgen del Libro (1480) de Sandro Botticelli. Témpera - 47 x 41 cm.
Museo Poldi Pezzoli, Milan

Capítulo XXIV

Por qué los príncipes de italia perdieron sus Estados

Las reglas que acabo de exponer, llevadas a la práctica con prudencia, hacen parecer antiguo a un príncipe nuevo, lo consolidan y lo afianzan en seguida en el Estado como si fuese un príncipe hereditario. Por la simple razón que se observa mucho más celosamente la conducta de un príncipe nuevo que la de uno hereditario, si los hombres la encuentran virtuosa, se sienten más agradecidos y se apegan mis a él que a uno de linaje antiguo. Después de todo, los hombres se ganan mucho mejor con las situaciones presentes que con las pasadas. Por ello, cuando en los momentos presentes hallan provecho, las gozan sin inquirir nada y, mientras el príncipe no se desmerezca en las otras cosas, estarán siempre dispuestos a defenderlo.

"Después de todo, los hombres se ganan mucho mejor con las situaciones presentes que con las pasadas"

Así, el príncipe tendrá la doble gloria de haber creado un principado nuevo, de haberlo mejorado y fortificado con buenas leyes, buenas armas, buenos amigos y buenos ejemplos. Del mismo modo que será doble la deshonra aquel que, nacido príncipe, pierde el trono por su falta de prudencia.

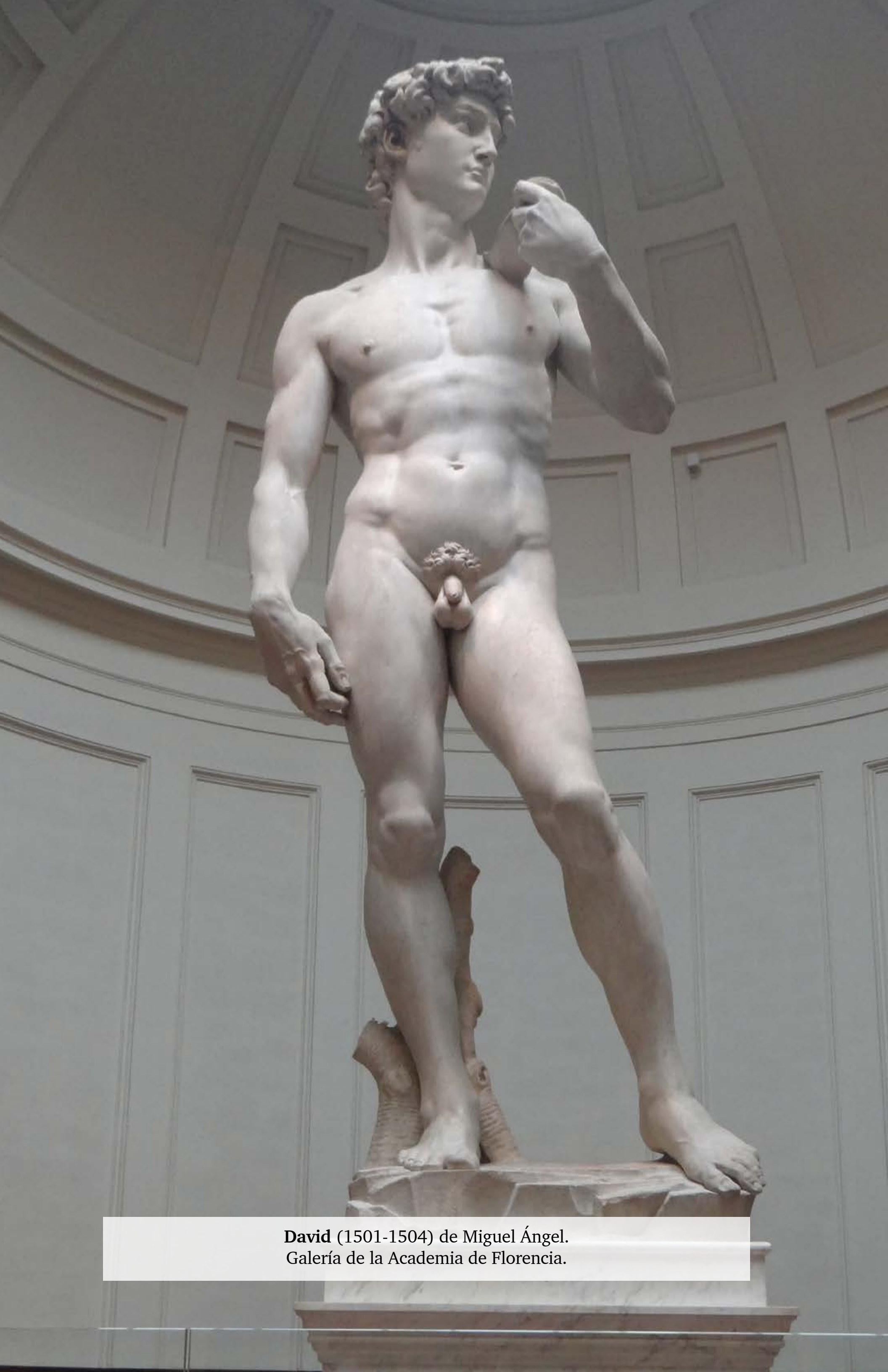


Si se examina el comportamiento de aquellos príncipes de Italia que, en nuestros tiempos, perdieron sus estados, se advertirá, en primer lugar, lo que se refiere a las armas, una falta común a todos: la de haberse apartado de las reglas antes expuestas. Ejemplo de ellos se encuentran en el rey de Nápoles, el duque de Milán y algunos otros. Después se verá que unos tuvieron al pueblo por enemigo, mientras que aquel que lo tuvo por amigo, no supo asegurarse de los nobles. Sin incurrir en estas faltas no se pierden los estados que tienen recursos suficientes para permitir levantar un ejército de campaña.

Filipo de Macedonia, no el padre de Alejandro, sino aquel que fue vencido por Tito Quincio, disponía de un ejército reducido en comparación con el de los griegos y los romanos, quienes lo atacaron juntos. Sin embargo, como era guerrero, había sabido congraciarse con el pueblo y contener a los nobles, pudo resistir una lucha de muchos años; y, si al fin perdió algunas ciudades, conservó, en cambio, el reino.

Por consiguiente, estos príncipes nuestros, aquellos que ocupaban el poder desde hacía muchos años, no acusen a la fortuna por haber perdido la gloria, sino a su propia ineptitud. Debido a que en épocas de paz nunca pensaron que podrían cambiar las cosas (es defecto común de los hombres no preocuparse por la tempestad durante la bonanza), cuando se presentaron tiempos adversos, atinaron a huir y no a defenderse. Esperaron que el pueblo, cansado de los ultrajes de los vencedores, volviese a llamarlos. Partido que es bueno cuando no hay otros; pero muy malo cuando hay otros disputantes, pues no debernos dejarnos caer por el simple hecho de creer que habrá alguien que nos recoja. Porque no lo hay. Si lo hay y acude, no es para salvación nuestra, dado que la defensa ha sido indigna y no ha dependido de nosotros. Las únicas defensas buenas, seguras y durables son las que dependen de uno mismo y de sus virtudes.





David (1501-1504) de Miguel Ángel.
Galería de la Academia de Florencia.

Capítulo XXV

Del poder de la fortuna de las cosas humanas y de los medios para oponérsele

No ignoro que muchos creen, y han creído, que las cosas del mundo están regidas por la fortuna y por Dios, de tal modo que los hombres más prudentes no pueden modificarlas. Más aún, que no tienen remedio alguno contra ellas. De lo cual podrían deducir la no válida de pena en fatigarse mucho en las cosas, que es mejor dejarse gobernar por la suerte. Esta opinión ha gozado de mayor crédito en nuestros tiempos por los cambios extraordinarios, fuera de toda conjetura humana, que se han visto y se ven todos los días.

Y yo, pensando alguna vez en ello, me he sentido algo inclinado a compartir el mismo parecer. Sin embargo, y a fin de que no se desvanezca nuestro libre albedrío, acepto por cierto que la fortuna sea juez de la mitad de nuestras acciones, pero que nos deja gobernar la otra mitad, o poco menos. Y la comparo con uno de esos ríos antiguos que, cuando se embravecen, inundan las llanuras, derriban los árboles, las casas y arrastran la tierra de un sitio para llevarla a otro. Todo el mundo huye delante de ellos, todo el mundo cede a su furor. Por supuesto, aunque esto sea inevitable, no basta para que los hombres no tomen sus precauciones con diques y reparos en las épocas en que no hay nada que temer. De manera que, si río crece otra vez, tenga que deslizarse por un canal o su fuerza no sea tan desenfrenada ni tan perjudicial. Así sucede con la fortuna, la cual se manifiesta, con todo su poder, allí donde no hay virtud preparada para resistirle y dirige sus ímpetus allí donde sabe no se han hecho diques ni reparos para contenerla. Si ahora contemplamos a Italia, en el teatro de estos cambios y



el punto que los ha engendrado, veremos que es una llanura sin diques ni reparos de ninguna clase. De haber estado defendida por la virtud necesaria, como lo están Alemania, España y Francia, esta inundación no se habría producido o no habría provocado grandes transformación. Basta esta reflexión para lo concerniente a la necesidad de oponerse a la fortuna general.

Pero yéndome más a los detalles, me pregunto por qué un príncipe que hoy vive en la prosperidad, mañana se encuentra en la desgracia, sin que se haya operado ningún cambio en su carácter ni en su conducta. A mi juicio, esto se debe, en primer lugar, a las razones que expuse con detenimiento en otra parte. Es decir, aquel príncipe que confía ciegamente en la fortuna perece en cuanto ella cambia. Creo también que es feliz quien concilia su manera de obrar con la índole de las circunstancias mientras que, del mismo modo, es desdichado quien no logra armonizar una circunstancia con la otra. Ya que se ve que los hombres, para llegar al fin que se proponen, a la gloria y a las riquezas, proceden en forma distinta: uno con cautela, el otro con ímpetu; uno por la violencia, el otro por la astucia; uno con paciencia, el otro con su contrario; y todos pueden triunfar por medios tan dispares. Se observa también que, de dos hombres cautos, uno consigue su propósito y el otro no; al igual que tienen igual fortuna dos que han seguido caminos encontrados, procediendo el uno con cautela y el otro con ímpetu; lo cual no se debe sino a la índole de las circunstancias, que concilia o no con la forma de comportarse.

De aquí resulta lo que he dicho: que dos que actúan de distinta manera obtienen el mismo resultado. Mientras que dos que actúan de igual manera, uno alcanza su objetivo y el otro no. De esto depende, asimismo, el éxito, pues, si las circunstancias y los acontecimientos se presentan para que el príncipe cauto y paciente se vea favorecido, su gobierno será bueno y él será feliz. Sin embargo, si cambian, está perdido porque no varía al mismo tiempo su proceder. Debido a que no existe hombre lo suficientemente dúctil como para adaptarse a todas las



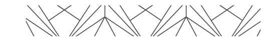
circunstancias, ya porque no puede desviarse de aquello a lo que la naturaleza lo inclina, ya porque no puede resignarse a abandonar un camino que siempre le ha sido próspero. El hombre cauto fracasa cada vez que es preciso ser impetuoso. Si pudiese cambiar de la naturaleza con las circunstancias y con los tiempos, no cambiaría su fortuna.

El papa Julio II se condujo impetuosamente en todas sus acciones, por lo que las circunstancias se presentaron tan de acuerdo con su modo de obrar que siempre tuvo éxito. Considérese su primera empresa contra Bolonia, cuando aún vivía Juan Bentivoglio. Los venecianos lo veían con desagrado, el rey de España deliberaba con el rey de Francia sobre las medidas por tomar. Pero Julio II, llevado por su ardor y su ímpetu, inició la expedición poniéndose él mismo al frente de las tropas. Semejante paso dejó suspensos a España y a los venecianos; los primeros con la esperanza de recobrar todo el reino de Nápoles, los segundos por miedo. Sin embargo, logró conseguir al rey de Francia en su favor, colocarlo a su lado, pues, al ver que Julio II había iniciado la compañía y quería ganarse su amistad para humillar a los venecianos, juzgó no poder negarle sus tropas sin ofenderlo de forma manifiesta.

Así, pues, con su impetuoso ataque, Julio II hizo lo que ningún pontífice hubiera podido alcanzar con toda la prudencia humana como escudo, ya que, si él hubiera esperado tener todas las precauciones tomadas y ultimados todos los detalles para partir de Roma, como cualquier otro pontífice hubiese hecho, jamás habría triunfado. El rey de Francia habría tenido mil pretextos, al tiempo que los otros habrían amenazado con mil represalias. Prefiero pasar por alto sus demás acciones, parecidas a la mencionada y todas premiadas por el éxito, pues la brevedad de su vida no le permitió conocer lo contrario. Es posible que corriera a su ruina al sobrevenir circunstancias en las que fuera preciso conducirse con prudencia, pues nunca se hubiese apartado de aquel modo de obrar impetuoso al cual lo inclinaba su naturaleza.



Se concluye entonces que, como la fortuna varía y los hombres se obstinan en proceder de un mismo modo, serán felices mientras vayan de acuerdo con la suerte e infelices cuando estén en desacuerdo con ella. Sin embargo, considero que es preferible ser impetuoso y no cauto, porque la fortuna es mujer y se hace preciso, si se la quiere tenerla sumisa, golpearla y zaherirla; ya que se deja dominar por los de carácter violento antes de aquellos que la tratan con suavidad. Además, como mujer, es amiga de los jóvenes, porque son menos prudentes, más fogosos y se imponen con más audacia.





Madonna con hijo de Donatello, 1435.
National Gallery of Art, Washington.

Capítulo XXVI

Exhortación a liberar a Italia de los bárbaros

Después de meditar todo lo expuesto, me he preguntado a mí mismo si en Italia, en la actualidad, las circunstancias son propicias para que un nuevo príncipe pueda adquirir gloria. Alcanzar esto dependería de un hombre prudente y virtuoso para instaurar una nueva forma de gobierno, por la cual, honrándose a sí mismo, lograra la felicidad de los italianos. No pude menos responderme que eran tantas las circunstancias ocurrentes a favor de un príncipe nuevo, que difícilmente, podría hallarse momento más adecuado. Si, como he dicho, fue preciso que el pueblo de Israel estuviese esclavizado en Egipto para que Moisés pusiera de manifiesto sus virtudes mientras que, para conocer la grandeza de Ciro, los persas debieron ser oprimidos por los medas y que los atenienses se dispersaran para contemplar la excelencia de Teseo; del mismo modo, para conocer la virtud de un espíritu italiano, era necesario que Italia se viese llevada al extremo en el cual yace hoy. Más esclavizada que los hebreos, más oprimida que los persas y más desorganizada que los atenienses; que careciera de jefe y de leyes, que se viera castigada, despojada, escarnecida, invadida y que soportara toda clase de vejaciones. Aunque, hasta ahora, se ha notado en este o en aquel hombre algún destello de genio suficiente como para creer que había sido enviado por Dios para dirigir estas tierras, no tardó en advertirse que la fortuna lo abandonaba en lo más alto de su carrera. De modo que, casi sin un soplo de vida, espera Italia a quien debe salvarla de sus heridas y cauterizar sus llagas desde tanto tiempo gangrenadas, así como poner fin a los saqueos de Lombardía, no menos que a los pillajes y a las matanzas del reino de Nápoles.



Véanla cómo ruega a Dios el envío de alguien que la redima de la crueldad y la insolencia de los bárbaros. Véanla pronta y dispuesta a seguir una bandera, mientras haya quien la empuña. De manera lamentable, no se ve en la actualidad otro en quien se pueda confiar, mas que en vuestra ilustre casa, para que pueda hacerse jefe de esta redención con su fortuna y virtud, preferida de Dios y de la Iglesia, de la cual es ahora príncipe el insigne León X. Esto no le parecerá difícil, si usted tiene presente la vida y las acciones de los príncipes pasados, ya que, aunque aquéllos fueron hombres raros y maravillosos, no dejaron de ser hombres. Ninguno obtuvo ocasión tan favorable como la presente, porque sus empresas no fueron más justas ni más fáciles que ésta, ni Dios les fue más benigno de lo que lo es con usted.

Después de todo, la justicia es grande: *Justa es la guerra cuando es necesaria, y sagradas las armas cuando no hay esperanzas sin ellas*[12]. Aquí hay disposición favorable; donde hay disposición favorable no puede haber grandes dificultades, y sólo falta que su casa se inspire en los ejemplos de los hombres que he propuesto por modelos. Además, se ven aquí acontecimientos extraordinarios, sin precedentes, ejecutados por voluntad divina: las aguas del mar se han separado, una nube le ha mostrado el camino, ha brotado agua de la piedra y ha llovido maná; todo concurre a su engrandecimiento. Queda en sus manos lo demás. Dios no hace todo para no quitarnos el libre albedrío ni la parte de gloria que nos corresponde.

No es asombroso que ninguno de los italianos a quien he citado haya podido hacer lo que es de esperar que haga su ilustre casa. Ni es extraño que, después de tantas revoluciones y revueltas guerreras, parezca extinguido el valor militar de nuestros compatriotas. Sin embargo, esto se debe a la antigua organización militar, mala y obsoleta. Nada honra tanto a un hombre que acaba de elevarse al poder como las nuevas leyes y las nuevas instituciones ideadas por él que, si están bien

12. *Lustum enim est bellum quibus necessarium, et pia arma ubi nulla nisi in armis spes est.*



cimentadas y llevan algo grande en sí mismas, lo hacen digno de respeto y de admiración.

E Italia no carece de arcilla modelable. Si le falta valor en los jefes, sóbrales a los soldados. Fíjese en los duelos y en las riñas, advertid cuán superiores son los italianos en fuerza, destreza y astucia. Pero, en las batallas, por culpa exclusive de la debilidad de los jefes, su papel no es nada brillante. Los capaces no son obedecidos y todos se creen capaces. Sin embargo, hasta ahora, no hubo nadie que supiese imponerse por su valor, su fortuna y que hiciese ceder a los demás. De allí el problema principal que, en tantas guerras habidas durante los últimos veinte años, los ejércitos italianos siempre hayan fracasado, como lo demuestran Taro, Alejandría, Capua, Génova, Vaila, Bolonia y Mestri.

Si su ilustre casa quiere emular a aquellos eminentes varones que libertaron a sus países, es preciso, ante todo, como preparativo indispensable a toda empresa, que se rodee de armas propias porque no puede haber soldados más fieles, sinceros y mejores que los de uno. Si cada uno de ellos es bueno, todos juntos serán mejores cuando vean que quien los dirige, quien los honra y los trata paternalmente es un príncipe en persona. Es, pues, necesario organizar estas tropas con el valor italiano para defenderse de los extranjeros. Aunque las infanterías suiza y española tienen fama de temibles, ambas adolecen de defectos, de manera que un tercer orden podría no sólo contenerlas, sino vencerlas. Los españoles no resisten a la caballería, mientras que los suizos tienen miedo de la infantería cuando el enemigo se muestra tan porfiado como ellos en la batalla. De aquí que se haya visto, y volverá a verse, que los españoles no pueden hacer frente a la caballería francesa, al tiempo que los suizos se desmoronan ante la infantería española. Por más que de esto último no tengamos una prueba definitiva, podemos darnos una idea por lo sucedido en la batalla de Ravena, donde la infantería española dio la cara a los batallones alemanes, quienes siguen la misma táctica que



los suizos. Los españoles, ágiles de cuerpo, con la ayuda de sus broqueles, habían penetrado por entre las picas de los alemanes, los acuchillándolos sin riesgo y sin que éstos tuviesen defensa, y de no haber sido embestidos por la caballería, no hubiese quedado alemán con vida. Por lo tanto, conociendo los defectos de una u otra infantería, es posible crear una tercera que resista a la caballería a la que no asusten los soldados de a pie, lo cual puede conseguirse con nuevas armas y nueva disposición de los combatientes. Por supuesto, no ha de olvidarse que son estas cosas las que dan autoridad y gloria a un príncipe nuevo.

No se debe, pues, dejar pasar esta ocasión para que Italia, después de tanto tiempo, vea por fin a su redentor. No puedo expresar con cuánto amor, con cuánta sed de venganza, con cuanta obstinada fe, con cuanta ternura, con cuántas lágrimas, sería recibido en todas las provincias que han sufrido el aluvión de los extranjeros. ¿Qué puertas se le cerrarían? ¿Qué pueblos le negarían obediencia? ¿Qué envidias se le opondrían? ¿Qué italiano le rehusaría su homenaje? A todos repugna esta dominación de los bárbaros. Abrace, pues, su ilustre familia, esta causa con el ardor y la esperanza con que se abrazan las causas justas, a fin de que bajo su enseña la Patria se ennoblezca y, bajo sus auspicios, se realice la aspiración de Petrarca:

La virtud tomará las armas contra el atropello; el combate será breve, pues el antiguo valor en los corazones italianos aún no ha muerto[13].

Fin.

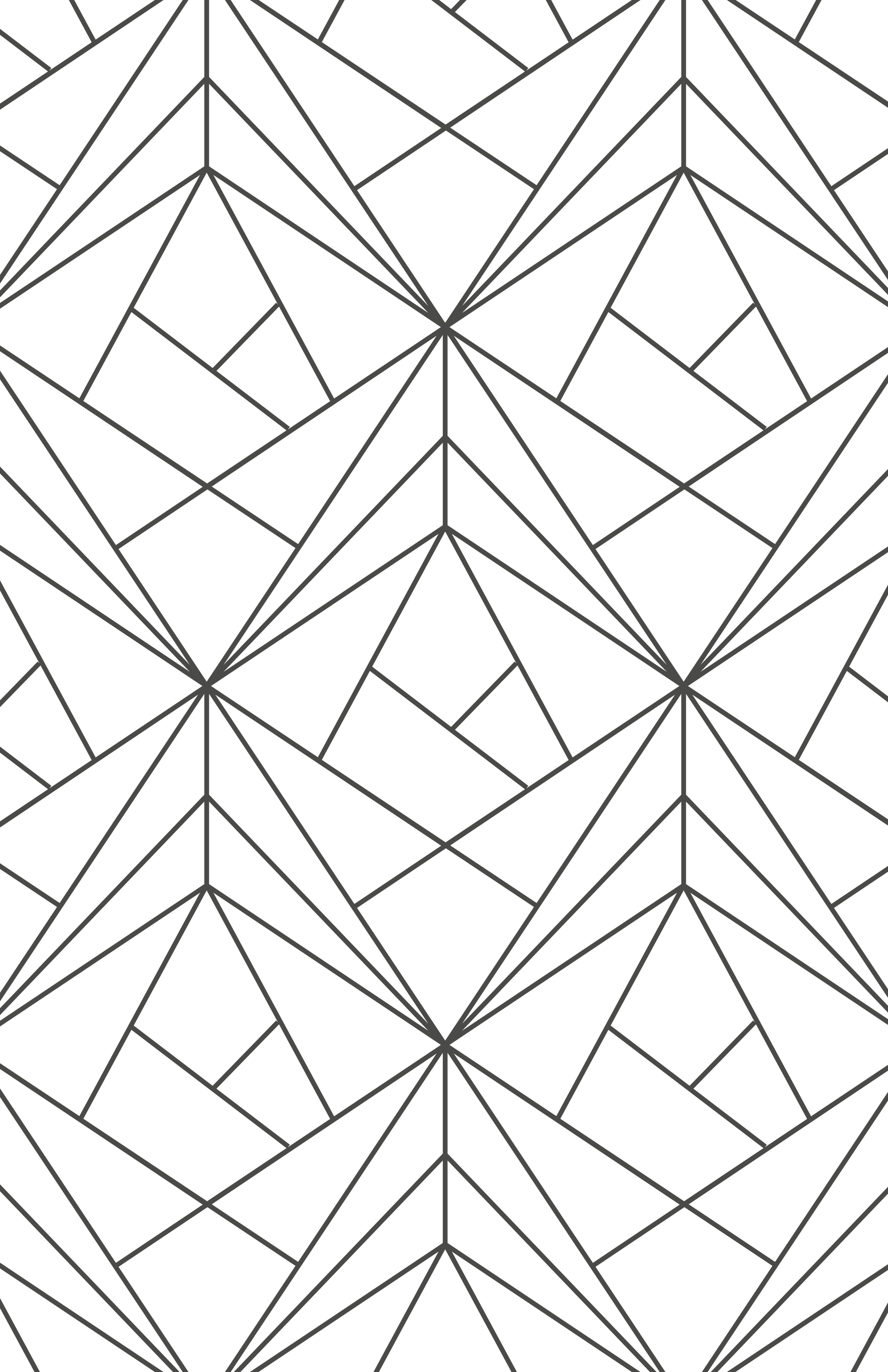
13. *Virtú contro a furore Prenderó 1'arme; e fia 'l conbatter corto, Chè l'antico valore Negl'itailici cuor non è ancor morto.*

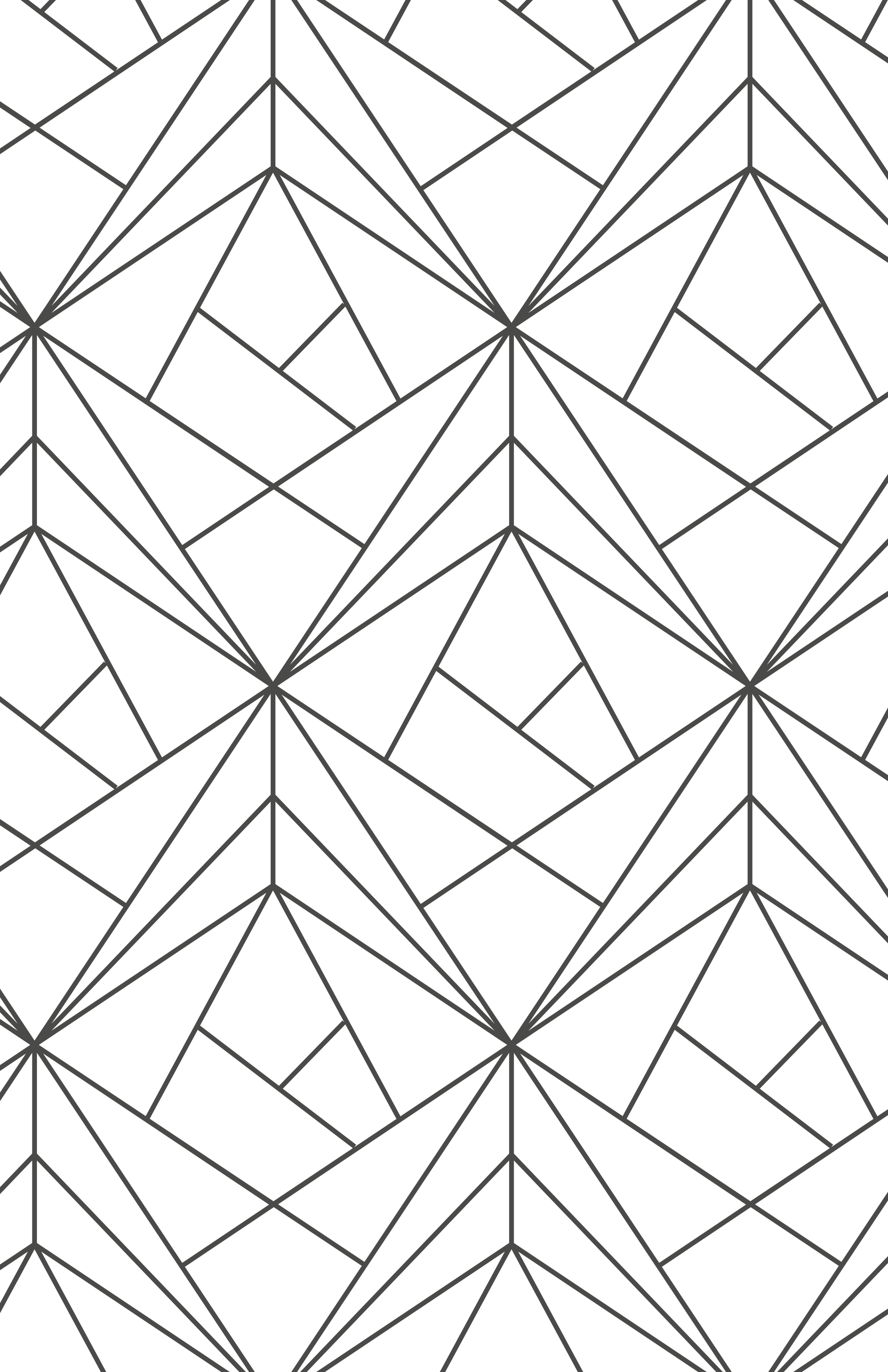


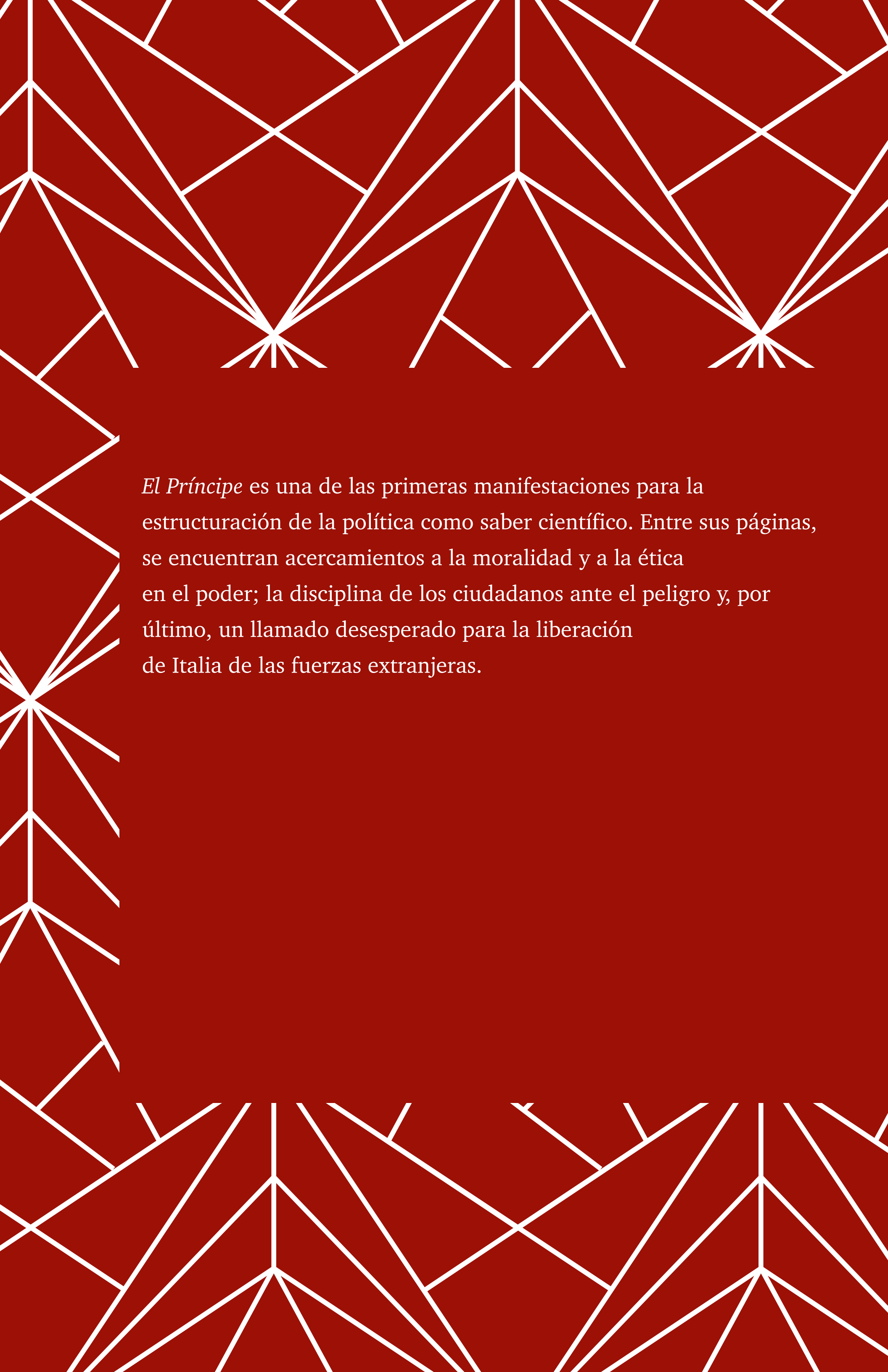


Allegoria Macabra (1520)
Rosso Fiorentino. 31,9 x 50,1 cm









El Príncipe es una de las primeras manifestaciones para la estructuración de la política como saber científico. Entre sus páginas, se encuentran acercamientos a la moralidad y a la ética en el poder; la disciplina de los ciudadanos ante el peligro y, por último, un llamado desesperado para la liberación de Italia de las fuerzas extranjeras.